



**Historia de un deseo**  
Iván Babiano

[finalista **VI Premio Odisea**]

Lectulandia

En un homenaje a *La ley del deseo* de Pedro Almodóvar, Iván Babiano nos descubre la dificultad de encontrar pareja y lo complicado que es el amor. *Historia de un deseo* es un fresco relato que nos acerca a unos personajes en pleno aprendizaje de la vida, confusos y perplejos ante sus cambios. La capacidad de asumir sus propias decisiones demostrará la manera en que ellos encajarán el futuro que les aguarda. Para bien o para mal. Con un retrato del «ambiente» ágil y muy acertado, *Historia de un deseo* es realmente la transcripción de lo que los protagonistas anhelan, sus sueños y los cambios que sufren tras lo que no pueden evitar.

Dos jóvenes e inseparables amigos, Juan y Pedro, buscan pareja en el «ambiente» con objetivos bien distintos. Mientras a Juan le van los jovencitos a los que abandona después de usar sin ninguna duda; Pedro tiende a enamorarse perdidamente de hombres maduros que acaban frecuentemente teniendo una doble vida. Pero, el «modus operandi» de cada uno cambiará de forma decisiva tras las vacaciones de verano. Juan conocerá a Álex, un muchacho que ha llegado a la capital en busca de un nuevo futuro que termina siendo demasiado tenebroso y que le hace probar su propia medicina. Pedro, por su parte, se liará con un tipo mucho mayor que él, que guarda secretos cuyo descubrimiento puede afectarle personalmente. La relación de Juan y Pedro parece quebrarse ante el peso de los acontecimientos pero, a pesar de ello, ambos aprenderán mucho durante esos meses y, por encima de todo, el valor de la amistad.

**Lectulandia**

Iván Babiano

# **Historia de un deseo**

**ePub r1.0**

**Rojo 10.03.14**

Título original: *Historia de un deseo*

Iván Babiano, 2004

Editor digital: Rojo

Colaborador: Fil0gelos

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Prólogo

Nunca se puede estar seguro de un conocimiento, incluso en el mundo de la ciencia las leyes tienen su excepción, pues cuántas veces los científicos han errado en sus predicciones por no tener en cuenta pequeños detalles que llegaron a cambiar el resultado final. La teoría del caos, difundida en los últimos tiempos, dice precisamente eso, pequeñas variaciones iniciales pueden provocar grandes cambios más tarde. Por ello atreverse a asegurar que conoces algo es peligroso, pues ese algo puede cambiar y convertirse en otra cosa totalmente diferente a lo que conocías.

La pregunta es si esta teoría del caos puede ser aplicada también a las personas, y me atrevería a asegurar que sí. Prácticamente todos hemos tenido experiencias que nos han enseñado que las personas cambian, o que las apariencias engañan. Así, ¿cómo afirmar que conoces a una persona o sabes cómo actuará en cada momento? No se puede saber, aunque sí intuir; pero cuando en el conocimiento es imposible tener la certeza, la intuición se convierte en una mera conjetura.

Cuando uno de los cambios nos afecta, especialmente si se debe a una persona cercana a nosotros o que apreciamos, pueden suceder varias cosas: que el cambio sirva para mejorar, cosa poco habitual, ya que cuando una persona nos gusta y cambia es muy posible que la relación se modifique también y se estropee; y otra opción es que genere una situación peor, provocando enfrentamientos y rupturas. Tal vez cabría una tercera posibilidad: que el cambio nos dejara indiferentes, algo improbable salvo en casos de poca importancia. En general, si el comportamiento o las actitudes de alguien que nos importa de verdad se transforman, eso nos afectará irremediablemente.

En cualquier caso, el cambio es algo que forma parte de nuestras vidas y es inútil luchar contra él, hay que saber amoldarse y aprender a adaptarse a ellos cuando se producen, incluso si se dan en uno mismo.

Pero, aunque alguien cambie, siempre queda una esencia de lo que fue, y eso muchas veces define parte de su personalidad, de su forma de ver la vida y de su manera de actuar como persona. Cuando encuentras a alguien que, a pesar de tus cambios, permanece a tu lado, aguantando los posibles efectos perjudiciales de esas transformaciones que se dan en él y en ti mismo, o incluso ayudándote a continuar en esa metamorfosis incesante que es la vida; entonces sabes que has encontrado a alguien especial, alguien que ha sabido llegar más allá de lo superficial, que ha sabido ver algo más que tus mutaciones temporales y exteriores, alguien que ha llegado a entender eso que te define como persona y que nunca cambia, llámese alma, personalidad o sentimientos. El caso es que si esa persona encuentra esa esencia y le gusta, será capaz de luchar por ella aun a riesgo de hacerse daño ella misma.

Para encontrar a ese ser especial no hay ninguna receta milagrosa, pues también

está sujeta a esa ley del cambio planteada antes, y que no sólo depende del lugar, sino del momento y del cúmulo de circunstancias que rodean una situación. Eso tan bien resumido en ese dicho de «estar en el sitio adecuado en el momento oportuno». ¡Cuántas veces personas que se conocieron hace tiempo acaban dándose cuenta más tarde de lo que realmente se gustaban el uno al otro sin haberlo sospechado antes! Por tanto, no existe ninguna bola de cristal que nos diga cómo encontrar a esa persona que, todos los que estamos solos, buscamos o en secreto anhelamos. Sólo hemos de pensar que en cualquier momento y lugar se puede presentar la oportunidad, que tenemos que quitarnos la venda de los ojos para poder superar nuestra ceguera y ver que está ahí, y que hay que arriesgarse a pesar de que nunca estemos seguros de que alguien nos gusta, sobre todo cuando hace poco que le conocemos. Debido a nuestra naturaleza cambiante, lo que ayer no nos convencía luego se puede tornar irresistible... y viceversa. Tan sólo debemos intentar ver más allá de lo superfluo de los cambios, superar lo superficial y ver el fondo, la sustancia, que puede estar ahí, en cualquiera, pero que no es fácil de captar.

Este libro trata sobre personas que se conocen y viven relaciones en continuo movimiento que afectan a sus vidas y a las de los que les rodean. Unos cambios que a veces son para bien y otras para mal, pero que, sean como sean, siempre se ven como actos violentos que nos conducen a un futuro incierto.

*A Manuel,  
de quien aprendí que las verdades  
no siempre son absolutas.*

## **La vida en un pañuelo**

La confianza es un extraño sentimiento que a veces nos hace estar seguros de algo que no es cierto. Esa seguridad en nosotros mismos se puede volver en nuestra contra cuando nos enfrentamos a lo desconocido, a una nueva situación que se nos plantea y que puede cambiar nuestra forma de ver la vida.

Así, no sabemos cuál será nuestra reacción ante un impacto de tal magnitud que nos haga sentir miedo o sorpresa, que tambalee los fuertes muros de nuestra confianza en nosotros mismos y provoque que nuestra sensación de ser superiores y tenerlo todo bajo control se desvanezca.



## I

Por fin se habían terminado los dichosos exámenes, Juan salía de hacer el último: Teoría de autómatas. «Vaya cosa rara, no sé por qué me metí a hacer informática», pensaba para sus adentros. Realmente era algo que le gustaba, pero quizá más como *hobby* que como profesión, claro que, desde el punto de vista de trabajo puro y duro y no como una afición que se practicase cuando se quiera, todo parece mucho peor. Sin embargo, pensó que al menos le serviría para hacerse un futuro y encontrar trabajo fácilmente.

Juan había quedado con Pedro en una cafetería cercana a Ciudad Universitaria, en la calle Princesa. Su amigo salía de hacer uno de sus exámenes de química. «Qué coñazo de carrera», pensaba un condescendiente Juan mientras caminaba hacia el lugar de la cita, no se explicaba cómo le podían gustar esas cosas a alguien, él siempre había detestado la química, tal vez porque era prácticamente un incompetente en esa materia. En realidad nunca entendió por qué a Pedro le gustaban muchas cosas: la química, la ropa de marca o «los viejecitos», como los llamaba él, término con el que solía tratar despectivamente a cualquiera mayor de treinta años.

Juan era sin duda alguna una de esas personas con gran confianza en sí misma y que inspiran seguridad sólo viéndoles mirar o caminar con ímpetu e iniciativa. Como buen orgulloso de sí mismo, pensaba que lo tenía todo controlado y que ya nada podría sorprenderle. Aunque aún era joven, tenía apenas veinticuatro años, vivía en la gran ciudad y creía haber visto ya de todo. Después de haber perdido la cuenta de cuántos amaneceres le habían sorprendido fuera de casa, se conocía bien el ambiente de la noche.

Los fines de semana salía con Pedro a divertirse por el centro, lo que le hizo ser consciente de su gran atractivo: nunca tuvo problemas para ligar. Era alto, moreno, con ojos verdes y una gran presencia física gracias a un cuerpo bien cuidado que le hacía ganarse los piropos tanto de hombres como de mujeres, que no perdían la oportunidad de ensalzar sus llamativos brazos, su prominente pecho o su admirado trasero.

Su mirada, sin embargo, delataba que la mayoría de las veces no estaba tan seguro de sí mismo como quería hacer mostrar al mundo, aunque sólo sus amigos más cercanos eran capaces de notar esa sutileza y se atrevían a decírselo.

Siempre había tenido fama de borde, después de todo, su presencia física también ayudaba a ello, y él se encontraba a gusto en ese papel. No solía tener mucha paciencia con las cosas, pero cuando algo le interesaba de verdad hacía todo lo posible por conseguirlo.

Sin embargo, para ligar no tenía que poner demasiado empeño, siempre lo tuvo fácil, demasiado fácil para su gusto. Madrid era bastante puta en ocasiones y él

empezaba a hartarse de no repetir dos veces con la misma persona.

Para los jóvenes con ganas de salir y experimentar cosas nuevas, la noche de Madrid es algo ideal. Tiene eso tan difícil de encontrar en otros lugares: el anonimato, lo que les da una sensación de libertad, de que todo está permitido.

Juan llegaba tarde a la cafetería, como siempre, no era ninguna novedad, pero Pedro ya se lo esperaba. De hecho se había sentado y estaba tomando un café mientras aguardaba a que llegara su amigo.

Juan le vio y fue rápidamente hacia su mesa, sonriendo y con ese andar tan característico que parecía avisar a todos los presentes de que había llegado el rey del local: con calma, controlando hasta el más mínimo detalle a su alrededor.

Pedro era su mejor amigo, un poco más joven que él, veintinueve años, y algo más bajo y rubio. Podía decirse que era la antítesis de Juan, pues mientras este destacaba por un físico imponente, grande y fuerte, Pedro aún podía explotar con suma facilidad el rol juvenil, y más de uno le podía confundir todavía con un adolescente; había aprendido a aprovechar ese detalle en su favor muchas veces.

Juan se sentó en una silla frente a su amigo y, con la satisfacción visible del que acaba de terminar sus exámenes, saludó a Pedro.

—¿Qué tal, Pedrito? ¿Cómo ha ido tu último examen de químicas? —alzó la voz Juan, pues el ruido de la cafetería era estridente y se oían gritos y música por todas partes. «Malditas tragaperras, son como una plaga, allá donde haya un bar habrá al menos una soltando ese soniquete irritante y un jubilado gastándose su mísera pensión en ella», pensó.

—No demasiado mal. Espero aprobar —contestó Pedro, quien no parecía muy preocupado mientras bebía otro sorbo de su taza ya casi vacía—. No creo que saque buena nota, aunque es algo que, sinceramente, me da igual, llega el verano y tengo unas ganas locas de olvidarme durante unas semanas de los estudios. —Y dirigió una mirada cómplice a Pedro.

Juan sonrió mientras pensaba lo despreocupado que había sido siempre su amigo.

Un ruido repentino hizo volverse a la pareja, sólo para ver que, por una vez, el jubilado había ganado algún premio importante con la dichosa maquinita.

Sin darle mayor importancia, Juan se volvió a dar la vuelta y siguió hablándole.

—¿Tienes pensado hacer algo especial este verano? He pensado que podríamos hacer una pequeña excursión a algún sitio de la costa, Benidorm o Torremolinos por ejemplo, dicen que hay bastante ambiente por allí... —Juan también tenía ganas de jugar ese verano.

—No creo que pueda, al menos no en julio, mi madre quiere que vaya con ella a Barcelona a ver a los abuelos —musitó Pedro con una expresión lejanamente abatida.

—¿Reunión familiar con los abuelos? ¿Y vas a ir? Ya sabía que te gustaba que te trataran mal, pero esto es excesivo —contestó Juan decepcionado.

—No es tan malo, seguro que me dan dinero y quién sabe lo que puedo hacer allí en mis ratos libres —contestó Pedro con esa sonrisa pícara y juvenil ensayada tantas veces antes.

—¡Bah! Conociéndote, eres capaz de ligarte a Jordi Pujol; no me interesan los ligues que puedas echarte allí, salvo si al menos los eliges de entre los que no están en un geriátrico —se burló Juan, aunque Pedro captó el tono desenfadado de la broma y le siguió el juego.

Así siguieron charlando durante un rato. Cuando los dos se juntaban, había algo hipnótico en oírlos hablar, podían conversar sobre cualquier tema imaginable y, aunque no siempre estaban de acuerdo, discutían con la complicidad de quien se sabe en buena compañía. Hablaron sobre los planes que tenían para ese fin de semana, y cuando terminaron de decidirlos ya era la una y media y el cansancio acumulado de los últimos exámenes se dejaba notar. Pedro vio la hora e intentó cortar la conversación y despedirse pero, como solía pasar cuando ambos hablaban, todavía duró otra media hora mientras se perdían en interminables rodeos sobre todos los temas imaginables. Finalmente el adiós fue efusivo y cómplice, como siempre: las raíces de su amistad eran tan fuertes que se veía a simple vista.

Juan y Pedro se habían conocido hacía casi dos años, al entrar juntos en la Universidad. Juan siempre se sintió atraído por los chicos más jóvenes que él, al principio fue un mero juego morboso pero, con el tiempo, llegó a darse cuenta de que era eso realmente lo que le gustaba y Pedro, rubio y algo aniñado, le había llamado mucho la atención entonces, aunque, por miedo o vergüenza a ser descubierto, estuvieron varios meses sin decirse más que las palabras justas. En aquel momento Juan todavía no había adquirido el descaro que tenía ahora para acercarse a la gente. Hasta que un día se encontraron en un bar de ambiente y, allí, Juan por fin se atrevió a dar el primer paso. Fue algo curioso, porque aunque se habían fijado el uno en el otro nunca llegaron a sospechar realmente de la homosexualidad del otro. A partir de entonces fue cuando realmente se conocieron y, a pesar del deseo de Juan, nunca pasaron del límite que imponía ser amigos.

Los dos eran muy similares pero a la vez muy diferentes, y no sólo en lo físico, se llevaban muy bien y su amistad era fuerte, tenían gustos parecidos para casi todo y conectaban enseguida, así que sus personalidades eran muy compatibles y, salvo pequeñas peleas, no tenían roces importantes. Pero había algo que sí los diferenciaba.

La mente humana es compleja y uno de los temas en los que admite mayor diversidad es en el de la sexualidad y las apetencias derivadas de ella. Cualquiera que conozca un poco la materia sabrá que es tremendamente amplia y que hay gustos para todo. Así pues, esto era algo que los separaba, aunque ninguno de los dos tenía problemas para admitir su homosexualidad, diferían en el tipo de hombres que les gustaban.

Pese a que Juan no cerraba la puerta a nuevas experiencias, siempre prefería a chicos de su edad o incluso más jóvenes, mientras que a Pedro le gustaban ya con cierta madurez, especialmente los hombres de treinta o cuarenta años. Cada uno buscaba cosas distintas: uno, madurez, experiencia y protección, y el otro, juventud, inocencia y vitalidad.

Al fin, Pedro consiguió llegar a casa, con la lengua seca, claro. «Menudos loros estamos hechos», pensó, más de uno les había dicho alguna vez que podrían trabajar de humoristas petardas o de invitados a debates de televisión, porque tenían más lengua que un oso hormiguero.

Pedro se metió inmediatamente en la ducha, quería quitarse de encima el olor a la facultad, «*eau complutense*» decía él, y olvidarse de los estudios al menos durante un tiempo. Mientras estaba en la ducha oía cómo su madre preparaba la comida y decía algo ininteligible, seguramente sin importancia, pensaba él, cosas como: «¿Qué tal te ha ido?, ¿con quién has estado?, bla bla bla» y expresiones maternales rutinarias similares, a las que no solía hacer caso. La madre de Pedro era soltera, así que nunca había conocido a su padre, pero no lo echaba de menos. La falta de este no le hacía sentirse atraído por hombres mayores que él, ni buscaba en cada uno al padre que nunca tuvo, como diría Freud. Lo suyo era más bien curiosidad o morbo. El caso es que siempre le resultó más sencillo ligar con gente de esa edad, sobre todo explotando el rol juvenil. Pensaba que debía aprovecharse de esa situación mientras pudiera, pero era consciente de la dificultad de conseguir una relación estable en un mundo tan difícil y estando con gente de la que le separaba tanta diferencia de edad.

Mientras tanto, Juan llegaba a su casa y lo primero que hacía era quitarse la ropa para ponerse algo más cómodo y tirarse en el sofá tranquilamente, sin hacer ni pensar en nada. La casa estaba vacía, algo nada extraño, pues su padre siempre estaba muy ocupado. Juan mantenía una buena relación de amistad paternofilial, aunque, como suele pasar en muchas ocasiones, a medida que había ido creciendo, también se había hecho más grande la distancia entre ellos. Él quería mantener cosas de su vida privada en la intimidad y eso chocaba con la inocente confianza que había mantenido con su padre hasta entonces. De ese modo, empezó a echar de menos la compañía de alguien más parecido a él, alguien de edad similar que supiera entender lo que le pasaba; al ser hijo único le faltaba tener un hermano o un amigo con el que poder compartir sus sentimientos. En medio de toda esta necesidad emocional, la madre de Juan murió cuando este aún tenía doce años, por culpa de un cáncer no detectado a tiempo. Durante esos años, su gran amigo y confesor había sido su padre, pero ahora se sentía incapaz de confesarle la verdad sobre su sexualidad y la nueva vida que de ella se derivaba.

Tanto Juan como Pedro ya tenían relativa experiencia con hombres, pero aún eran lo bastante inexpertos como para conservar el ansia de experimentar cosas nuevas y,

aunque no cerraban las puertas a nada, ya iban teniendo gustos bien definidos, sobre todo respecto a los hombres, gustos que ya parecían inmutables al paso del tiempo y que nunca cambiarían.

## II

—Vas a llegar tarde. —Se oyó a lo lejos.

—¡No seas pesada! —aunque, mientras decía esto, Pedro pensó que su madre tenía razón.

—No se por qué te ha dado por salir esta noche con tus amigos, mañana nos vamos de viaje... —empezó a decir su madre, preocupada, mientras se acercaba a su habitación.

—¡Pues precisamente por eso! Tengo que aprovechar mi última noche —Pedro siempre se ponía nervioso con los sermones de su madre—. Anda, sigue preparando maletas y no me molestes más —gritó mientras cerraba la puerta de su cuarto en sus mismas narices.

«Qué pesadas son las madres a veces. Pueden estar haciendo mil cosas a la vez y aún les da tiempo para echarte un sermón o meterse en tus asuntos, siempre sin permiso, claro. Ya puedes tener cuarenta años, que ellas seguirán tratándote como si tuvieras diez y, si las dejaras, serían capaces de seguir controlando hasta el más mínimo detalle de tu vida hasta el infinito», reflexionó.

Finalmente Pedro terminó de arreglarse. Cosa extraña en él, esta vez sólo había tardado una hora, quizá motivado por las prisas de su madre o, más probablemente, por simple desidia, esa noche no iba a ligar, era mejor reservarse para el viaje que le esperaba.

Se encontró con Juan en el sitio de costumbre, en la esquina del *mari-Donnald* de Gran Vía. Un día de estos lo iban a nombrar monumento y lo incluirían en las guías como uno de los puntos de encuentro más solicitados de Madrid. Siempre, a todas horas, había gente allí esperando porque había quedado con alguien.

Pedro subía por las escaleras y se dirigía hacia la barandilla que rodea esa esquina de la Gran Vía, donde estaba sentado Juan, mientras este pensaba...

—Qué bueno está, y qué asquerosamente morbosos parece siempre —musitó para sí Juan al ver a Pedro—. ¿Por qué diablos le gustarán esos viejos?

Cuando Pedro llegó y se saludaron, Juan se quitó esos pensamientos de la cabeza, aquel pequeño chico rubio nunca sería de él, valía más conservar su amistad.

Pedro le miró de arriba abajo y, haciendo un gesto muy elocuente con su cara, le espetó:

—Tú siempre con esas ropas, un día de estos vas a explotar. —Se burló.

Juan iba vestido para interpretar su rol, todo bien ajustado y marcado, parecía que, con ese cuerpo tan definido en esas camisas que se confundían con papel y se pegaban como una segunda piel, nada podría resistírsele... si no fuera porque Madrid estaba llena de gente así. Aunque el cuerpo era lo primero que entraba por los ojos, la gran arma de Juan era su impetuosidad, su aire de dominación y descaro, y esa

sonrisa llena de blancas perlas que derretían a todos esos niños con los que a él le gustaba ligar.

—Pues son bastante cómodas, aparte de efectivas, desde luego llaman la atención... ¿Qué tal en casa? ¿Te han puesto muchas pegatas para salir hoy por lo del viaje de mañana? —Juan quería cambiar de tema, él ya sabía que estaba bueno, no hacía falta que se lo recordaran.

—Sí, bueno, pero a mí me da igual, mi madre se quejaría aunque yo me quedara en casa, siempre se está quejando. Para mí que cada vez está más vieja —dijo Pedro riendo, cruel, aunque con algo de razón.

Así, bromeando y discutiendo se alejaron de la Gran Vía y se encaminaron hacia «el barrio». La ruta de los bares. Chueca siempre estaba llena de gente, cada vez más, y ya no sólo había gays sino incluso grupos de extranjeros que a veces parecían escapados del museo del Prado y que se habían perdido, a los que se unía una palpable invasión de mujeres que ya no eran sólo mariliendres, esas amigas de gays que se pegan como lapas, sino que salían en grupos ellas solas por ahí. Muchas veces daban un punto de color y hacían el barrio más variado y divertido, pero otras parecía una auténtica ocupación en toda regla, y es que una mujer, cuando quiere ser petarda, es más petarda que cualquier gay.

Cuando Pedro y Juan salían juntos no solían enrollarse con nadie, disfrutaban simplemente de la compañía del otro; aunque también es cierto que, de vez en cuando, Juan había conseguido más de un número de teléfono para quedar al día siguiente y lo había usado.

Pedro era más discreto. Ligaba con la gente que le gustaba, pero en citas individuales y apartadas de los bares. Internet era un buen medio para ello, a pesar de la abundancia de gente rara con extrañas neuras. Todavía recordaba al navarro loco que se enamoró de él y que quería que fueran novios hasta el fin de los tiempos. A Pedro no le gustaba la gente posesiva y, cuando alguien busca novio desesperadamente y te lo propone a los diez minutos de conocerte, lo único que demuestra es una gran inestabilidad emocional, y eso le parecía que podía ser peligroso a veces...

Liquid, como siempre, era un hervidero de gente, con esa extraña mezcla de niños, musculocas y algún que otro perdido que no sabía dónde se había metido atraído por el bullicio. Juan volvía de la barra con dos copas, una para él y otra para su amigo, mientras este guardaba el sitio que habían encontrado cerca de una pared del local, un buen sitio para ver y ser visto, todo el mundo luciendo sus últimos modelos empapados en fuertes y llamativas colonias, Emporio Armani, Dolce & Gabbana, Calvin Klein... el tópico gay seguía cumpliéndose aquella noche.

Sin embargo ellos disfrutaban, esa noche pasaban del resto del mundo; dado que tenían gustos musicales parecidos y que podían estar hablando como loros toda la

noche, discutiendo sobre lo que iban a hacer en ausencia del otro. Así, resguardados por la música, el gentío y la penumbra del local, y ayudados por unas cuantas copas, fueron consumiendo poco a poco las horas y la noche fue dejando paso a la mañana.

El despertar de Madrid después de un sábado noche es pintoresco, amanece lentamente y aún se puede ver grupos de gente por la calle que acaban de salir de un bar, despeinados, con la colonia mezclada con fuerte olor a tabaco y alcohol; sucias plazas, víctimas de algún botellón; y algunos que no se resignan a que acabe la fiesta y buscan un nuevo local a donde ir.

Los dos amigos, ya muy cansados pero felices, se dirigían al metro más cercano para despedirse, no se volverían a ver en casi un mes y, sin embargo, no estaban apenados. Sabían que, aunque pasaran años hasta que se encontrarían de nuevo, seguiría habiendo siempre la misma química entre ellos y sería como si hubiera pasado un solo día.

Después de dejar a Pedro y coger su línea de metro, Juan llegó a casa pero, como ya se había imaginado, estaba vacía. Tenía suerte, su padre se había ido de viaje un par de semanas por negocios a una feria fuera de Madrid y él pensaba aprovechar el tiempo: una casa para él solo, un chico de veinticuatro años con gran facilidad para ligar... ¡menudo peligro!

«Este verano pienso arrasarlo y nadie me va a parar», pensaba. Tenía todo perfectamente planeado, quizá demasiado, pero su gran autoestima y confianza le hacían ver las próximas semanas con optimismo, como una nueva aventura. Nunca antes había tenido la casa para él solo y cuando ligas con gente de veinte años el mayor problema siempre era el sitio. Ya estaba harto de parques, coches y hostales ocasionales. Entonces se acordó de Pedro.

«Seguro que, mientras yo ligo con algún niño buenorro, Pedro estará con momias de tres mil años de antigüedad», se dijo para sus adentros, consolándose, y sonrió pensando que mañana era domingo. Long Play y su ejército de niñatos le esperaban, y esta vez salía solo y con sitio a donde volver con alguien, así que, después de cambiarse y meterse en la cama, se durmió con impaciencia, confiando en lo que le podría pasar al día siguiente.



### III

Qué vacío parece a veces Madrid los domingos por la mañana, con la mitad de la ciudad durmiendo después de haberse pasado la noche anterior fuera de casa, igual que Juan.

Finalmente, y haciendo gala de una buena fuerza de voluntad, consiguió vencer la pereza y levantarse de la cama, dirigiéndose a la cocina sólo para descubrir decepcionado, que la nevera estaba vacía. Tenía mucha hambre y su estómago reclamaba alimento con sonoros rugidos. «No puedo creerlo, mi padre se ha ido y no me ha dejado nada de comer, este se piensa que yo me alimento a base de agua, como esas plantas tuyas que...», interrumpió sus pensamientos al ver un sobre encima de la mesa. Lo abrió, era de su padre, dentro había dinero y una nota que decía que no había podido hacer la compra por falta de tiempo. Contó los billetes y sonrió: «Genial, aquí hay bastante dinero, me alimentaré a base de hamburguesas y aún me sobraré para salir durante estos días», pensó como cualquier joven práctico y sin dinero.

Con la caída de la noche, los vampiros de Madrid despiertan y, después de cenar un par de hamburguesas compradas en el Burger King de la esquina, Juan se empezó a preparar para salir.

«Lo primero es una buena ducha, hay que estar bien limpio por lo que pueda pasar, no hay nada que dé más asco que estar con alguien que huele a sudor reseco, por no hablar de otros olores peores». Se tomó su tiempo para lavarse bien los bajos, ese culo redondo y prieto y, sobre todo, su herramienta de trabajo. «A ver si esta noche la uso», pensó mientras se frotaba suavemente la espuma por el glande, con cuidado de no pasarse. No era cuestión de empalmarse... tan pronto, que luego había que dar la talla. «A estos niñatos de dieciocho o veinte años lo que les gusta de verdad es un buen rabo y que sepas dominarlos bien mientras se lo metes, incluso con cierta resistencia».

Después del trabajo de la ducha había que pasar a la siguiente fase: el peinado, cada vez más variado últimamente. Ir a un bar cada vez se parecía más a ojear un catálogo de peluquería, había para todos los gustos, ayudados por las docenas de gominas que había en el mercado parecía que nada era imposible.

Si el espejo hubiese podido hablar, ante la visión de aquel reflejo, con ese pelo negro, negrísimo, tan suave, ni muy largo ni muy corto, que contrastaba con el verde oliva intenso de unos ojos penetrantes, le hubiera dicho que era el más bello de todo el reino, aunque eso sólo pasaba en los cuentos.

Con un pantalón vaquero azul oscuro con el que se aseguraba marcar un buen culo y un buen paquete, y una camiseta que invitaba poco a la imaginación descubriendo lo que había debajo, salió de su casa con dinero en el bolsillo camino

del metro.

Tras pasar la puerta y bajar las escaleras de la entrada del local, lo primero que hizo fue fijarse en el personal que había allí. No había mucha gente, aún era pronto, pero seguro que el local se acabaría llenando, especialmente de jovencitos, los exámenes habían acabado y la gran mayoría todavía no se había ido de vacaciones.

Tras pedir algo en la barra y dale gusto a su garganta reseca, se quedó durante un momento en un rincón, matando el tiempo hasta que el ambiente se caldeara un poco más.

Recordando las primeras veces que salió, se dio cuenta de lo pardillo que había sido: «Supongo que todos lo hemos sido al principio y que algunos lo siguen siendo hasta el final». Siendo tan atractivo se le había acercado mucha gente y más de un «viejo» de esos que tanto asco le daban. Aun a regañadientes, Juan tenía que confesar que se había acostado con alguno en sus inicios, eran expertos en camelar jovencitos y llevárselos a la cama, sobre todo cuando estos aún no estaban seguros de lo que quería. Pero ahora no, ahora Juan decidía con quién, y en este caso él era el activo y dominante y así seguiría siendo siempre, o al menos hasta que se volviera tan arrugado como una pasa y su cuerpo sólo sirviera para dar de comer a los gusanos.

La noche pasaba lentamente y, a pesar del calentón que llevaba encima, no veía nada que le llamara especialmente la atención, las mismas caras de siempre. Incluso se había encontrado con antiguos ligues. «¿Cómo es posible que en una ciudad como Madrid a veces parezca que somos los mismos cuatro gatos siempre? Realmente el mundo es un pañuelo», pensó.

Pero entonces lo vio, allí, charlando animadamente con un grupo de gente. Qué guapo era. Tan rubio, tan tierno, tan juvenil. Sonriendo entre sorbo y sorbo de esa copa que sostenía en la mano derecha, una sonrisa entre inocente y pícara. Juan no podía resistirse más, había encontrado a su presa. Se acercó sigilosamente, como se acerca el león a las gacelas, y se aseguró de ponerse en un sitio en el que el chico le viera y se fijara en que él también le estaba mirando. Muchas veces los veinteañeros se cortan con el juego de las miradas, pero este no fue el caso: para sorpresa de Juan, el joven era bastante descarado y se había dado cuenta enseguida de que estaba siendo observado, así que dedicó varias miradas a Juan, al principio de reajo, disimuladamente, pero después sin vergüenza, hasta que finalmente lo miró fijamente y sonrió. Ya está, ya lo tenía en el bote.

Juan se acercó y entabló conversación con él, al principio fue un diálogo muy corriente, con las típicas chorradas que se dicen siempre: si vienes mucho por aquí, no te había visto antes, bla bla bla; conversaciones convencionales, absurdas e innecesarias, meros formalismos.

Sin embargo el cazador fue cazado, Juan iba con la idea de seducir al chico, que se llamaba Álex, con su sonrisa, su presencia física, su seguridad en sí mismo y su

dominio de la situación. Pero pronto se dio cuenta de que estaba pasando al revés y de que era Álex quien lo llevaba a su terreno, con esa espera y esos aires de interesante que hacían posponer el momento de la victoria. Juan supo entonces que sería él quien deseara acostarse cuanto antes con Álex y quien tendría que pedirlo. Era normal, era tan guapo, un poco más bajo que él, pero no mucho, rubio, ojos marrones muy claros, cuerpo delgado pero definido, sin músculos y sin grasa, pero sin huesos marcados, aún con diecinueve años y casi imberbe, con unos labios grandes y rojos que parecían estar pidiendo a gritos un beso o una felación, y que seguro que sabían hacer maravillas cuando se lo propusieran, su camiseta negra de cuello redondo dejaba a la vista un cuello largo y esbelto que terminaba en unos hombros más estrechos que los de Juan. Un cuerpo realmente compatible con el suyo, tal como a él le gustaban.

Los nervios se empezaron a apoderar de Juan, quien no veía el momento de que acabara la conversación de besugos que precede a todo rollo y pasaran a lo verdaderamente importante, pero Álex parecía estar jugando con él. Era bastante obvio que el chico también quería un revolcón, pero se tomaba su tiempo, explotando muy bien sus armas, dejando que el otro lo deseara y aumentando su calentón. «Qué cabrón, lo que sabe, y con lo joven que es», pensaba Juan mientras hacía verdaderos esfuerzos para meterle mano a Álex.

Finalmente, y tras algo más de una hora, Álex decidió que ya había hecho sufrir bastante a su víctima, así que pasó a la acción y empezaron los juegos manuales, con sutiles caricias se iba despertando el deseo y supo cómo había que calentar a Juan. Realmente sabía lo que hacía. «Este, o no es tan joven como dice o sabe demasiado», pensó intrigado Juan. Después de unos minutos de toqueteo llegó el momento de deslizarse hacia algún rincón oscuro para darse unos morreos tranquilamente, mientras los amigos de Álex desaparecían.

Qué bien besaba, aunque realmente era de esperar, porque con esos grandes y jugosos labios era muy difícil no besar bien. Sabía cómo había que frotarlos contra los de Juan y cuándo era el momento adecuado para dejar que la larga y ansiosa lengua de este penetrara a través de ellos y llegara al interior de la boca, donde se encontraba con la suya, y juntas en una especie de pulso, peleaban por imponerse la una a la otra. Juan no podía más, sólo aguantó unos minutos los achuchones y enseguida propuso ir a su casa. Álex no parecía sorprendido, aunque sí halagado, era como si ya se lo esperara, y aceptó.

Juan no veía el momento de llegar, el búho los dejaba muy cerca de su casa y vio cómo Álex subía las escaleras de su portal moviendo esas pequeñas nalgas redondas que sólo parecían decir «cómeme».

Al entrar no encendieron la luz, Juan estaba demasiado cachondo, y empujó a Álex al sofá del salón, que cayó boca arriba en él y lo miraba sonriendo. Qué sonrisa,

tan infantil, tan morbosa.

Juan se inclinó sobre él, tumbándose encima, volviendo a meter su ansiosa lengua dentro de su boca, como anticipo de otra penetración que vendría después, más tarde, pero no todavía. El roce de los cuerpos hacía que el único sonido que se escuchara en la habitación fuera el del crujido de sus respectivas ropas y algún gemido que de vez en cuando soltaba Álex, sobre todo cuando Juan metía la mano por debajo de su camiseta para descubrir con satisfacción su cuerpo lampiño, la piel tan suave que la mano podía deslizarse por todo el torso sin ninguna resistencia, con unos pezones pequeños pero duros, un cuerpo bien formado que conservaba aún el encanto adolescente. Juan se incorporó un poco para quitarse la camiseta y dejar a la vista su ancho y definido pecho, en claro contraste con Álex, de piel mucho más clara y un cuerpo más pequeño. Era como si cada uno se hubiera convertido en la fantasía sexual del otro y así lo reflejaban sus rostros.

Sonriendo, Álex se incorporó un poco también para encontrarse frente al cuerpo de Juan, que estaba de rodillas en el sofá sobre él, y acercó su cara a los vaqueros de este, que ya mostraban un sospechoso bulto, a punto de reventar.

Con una sonrisa pícaro, Álex hundió la cara en el paquete de su amante y este pasó las manos por detrás de su nuca, atrayéndolo más hacia él, rozando con aquel rostro angelical una polla deseosa de ser tocada y chupada.

El chico sabía muy bien lo que hacía y lo que el otro deseaba en ese momento: con los dientes apretados fue capaz de bajar lentamente la bragueta y entonces un duro palo de carne aprisionado salió con fuerza del pantalón, golpeándole en la cara pero, lejos de cortarse o asustarse, inmediatamente empezó a mover lentamente la cabeza, asegurándose de que el glande rozara cada parte de su rostro, hasta llegar finalmente a los labios, esos labios de un rojo intenso que contrastaban con el resto de la piel, Álex los extendió como si fuera a dar un beso y aprisionó la punta entre ellos, moviéndolos a continuación lentamente, con lo que poco a poco la punta fue penetrando en la boca, atravesando unos labios que se apretaban contra el resto de la carne a medida que esta entraba dentro de una cavidad más húmeda y caliente. Con una sensación maravillosa que le recorría el cuerpo, Juan no había soltado el fino pelo de Álex en ningún momento, sujetándole la cabeza, y ahora le guiaba indicándole que la metiera más a fondo. Era increíble, el chico era capaz de tragársela entera sin morder ni un poco a su dueño, todo mientras, a la vez, conseguía mover la lengua dentro y humedecerla mientras la chupaba.

Era una escena tan caliente: Juan sujetaba la cabeza rubia del chico mientras poco a poco aumentaba la velocidad, Álex se dejó llevar y permitió que le penetrara la boca, cada vez a mayor ritmo, él sabía muy bien cómo apretar los labios para conseguir más placer, con una mano empezó a masajear el escroto de Juan que estaba ya tan caliente que parecía que no podría aguantar mucho más, sin embargo eso no

parecía importarle mucho a Álex, que en vez de apartarse ayudaba a hacer aún más rápido el ritmo. El pene de Juan era un hierro y entraba una y otra vez violentamente en su boca, hasta que al final notó un escalofrío en su cuerpo y lo sacó justo a tiempo de mostrar un enorme chorro caliente y abundante de semen que se extendió por toda la cara de Álex, manchando sus suaves mejillas, rozando con el glande los últimos restos sobre los grandes labios del chaval. Juan estaba exhausto y feliz, pero no había acabado, no, aún quedaba lo más importante, y si esa noche era necesario correrse seis veces, él lo haría siete.

Después de ayudarlo a limpiarse la cara, Juan cogió con sus grandes manos el rostro de Álex y lo acercó a su boca para besarlo de nuevo. Mientras hacía esto se fue levantando y, sin pensárselo dos veces, le abrazó y lo levantó del sofá, llevándoselo en brazos hacia el dormitorio.

Allí, en la cama, Juan le quitó los pantalones a Álex para descubrir unas piernas largas y delgadas pero bien formadas, casi imberbes, sólo con un fino vello rubio que le daba un aspecto aún más adolescente, y encontró un pene realmente bonito, largo, erecto, fino pero no delgado, con una cabeza rosada y lisa más ancha que el resto, sin enormes venas ni curvaturas extrañas, perfecto, de buen tamaño y aspecto apetitoso. A Juan casi le entraron ganas de ser pasivo, pero ese pensamiento sólo le duró un momento, hasta que vio lo que había detrás, el mejor culo que jamás había visto.

Ni muy duro ni muy blando, pequeño y redondito, sin pelos, igual que el resto del cuerpo, un poco blanco pero con unos graciosos hoyuelos que se formaban a los lados de las nalgas. Al tocarlo era suave y su tacto caliente. Juan se acercó a él y con los dedos pudo comprobar que estaba muy limpio, y que por dentro era tan suave como por fuera, estaba húmedo. Finalmente hundió su cara entre esas pequeñas nalgas que sobresalían por encima de los muslos casi imberbes del chico, saboreando con su lengua ese agujero delicioso al que aún le esperaba sentir más cosas.

Cuando se dio por satisfecho al comprobar que ya estaba bastante humedecido y dilatado, se acercó al cajón de la mesa y sacó de allí un preservativo con la intención de ponérselo.

—¡No espera! —Era la primera vez que Álex hablaba desde que habían entrado en la casa.

—¿No quieres que te folle? Con este culito tan rico que tienes... —susurró un más que ansioso Juan.

—Sí que quiero, aunque te pido que no lo hagas muy fuerte... al menos al principio, pero no era eso lo que quería decir. Déjame que te ponga yo el condón por favor, me da mucho morbo. —Y alargó una mano hacia él.

—Por supuesto, todo tuyo —Juan le pasó el paquetito azul en el que venía envuelto mientras le dedicaba una de sus mejores sonrisas.

Álex se tomó su tiempo en colocar el preservativo, lo hizo despacio, masajeando

bien la polla de su compañero, que difícilmente podría estar más dura de lo que ya estaba, hasta que al final quedó perfectamente encajado y cubrió toda su superficie.

Poniéndose a cuatro patas, y dejando su culito en pompa a la altura de la cintura de Juan, se preparó para recibirle. Este, después de volver a masajear un poco el agujero con los dedos, apuntó con su glande hacia él y tuvo una sensación muy agradable al notar que la punta entraba suavemente sin demasiada resistencia, pero con la suficiente como para notar presión alrededor de su miembro a medida que este se perdía en las entrañas del chico.

El esfínter se cerraba en torno suyo y notaba como si una goma elástica se le enroscara, con una fuerte sensación, ya notaba las nalgas de Álex pegadas a su cintura, la polla había entrado despacio pero sin pausa y había llegado hasta el final.

Paró durante un momento, notando cómo su amante se dilataba y relajaba cada vez más, no sólo seguía empalmado sino que había aumentado su excitación y, antes de que Juan empezara a moverse, Álex ya se le había adelantado y con un leve movimiento de atrás hacia delante empezaba a empalarse él mismo en ese juguete que tanto parecía gustarle.

Lo cogió por la cintura y lo ayudó en el movimiento, haciéndolo cada vez más profundo y rápido, y ambos empezaron a sudar y gemir de forma intensa.

Álex gemía un poco, con esos pequeños gritos, mezcla de dolor y placer salvaje, que le producía el hierro de Juan cada vez que entraba y salía con más fuerza, tocándole la próstata con la punta y aumentando su placer.

Juan no sabía cuánto podría controlarse, estaba tan caliente, el agujero de Álex era tan prieto que todo le ponía a cien, así que paró un momento para cambiar de postura y poner a Álex boca arriba, con su ancho cuerpo sobre el más pequeño de su pareja. Levantando sus finas piernas y subiéndoselas a los hombros, consiguió apuntar mejor hacia su culito y penetrarle con más fuerza mientras veía cómo se retorció de placer, cerrando los ojos y gimiendo, y abriéndolos sólo para sonreír de satisfacción y repetir continuamente, «me gusta mucho, me gusta mucho».

Realmente fue una noche salvaje, ambos habían perdido la cuenta de las veces que se habían corrido. Se habían despertado mucho; en realidad se podría decir que no habían dormido, pues las horas se hicieron largas en un interminable juego de caricias, besos y penetraciones, interrumpidos sólo de vez en cuando por alguna obligada escapada al lavabo.

El amanecer los encontró abrazados, como en una típica escena de película romántica, sólo que sus caras delataban el cansancio lógico después de la noche que habían pasado.

Álex se tenía que ir, aún tenía cosas que hacer ese lunes, pues, al contrario que Juan, no estaba estudiando y tenía que ir a trabajar. Si es que a ser teleoperador se le puede llamar trabajo o más bien esclavitud, pues con esos sueldos es casi como

trabajar gratis.

Cambiaron los teléfonos y Juan se aseguró muy bien de no perderlo, de hecho, antes de que acabara el día, ya le había vuelto a llamar, invitándole de nuevo esa noche a su casa.

—Mi padre va a estar casi dos semanas fuera, se ha ido a un congreso o algo así, de modo que tendremos tiempo para nosotros —le decía Juan, deseoso de verle de nuevo, a Álex por teléfono.

—Genial, pero no podemos estar todo el día en la cama, deberíamos ir a cenar por ahí... —Dejaba caer un interesado Álex.

—Ya te daría yo otra cosa de cenar... pero tienes razón, iremos. —Era tan guapo que Juan le concedería cualquier cosa que le pidiera.

Seguramente fueron los días más felices que había pasado nunca, se sentía tan a gusto con Álex y le veía no sólo tan guapo, sino tan juvenil, lleno de tanta vitalidad, que quería estar a su lado el máximo tiempo posible.

Se parecía a Pedro en el hablar, en ese diálogo tan característico propio de las cotorras que han aprendido a no hacer pausas en su conversación pero que no aburren en ningún momento, y si alguna vez la conversación decaía, siempre lo arreglaba con esa sonrisa y mirada de niño bueno que espera un caramelo de premio.

Álex sabía lo que quería y siempre se las arreglaba para que hicieran lo que a él se le antojaba, iban donde él decía y Juan no le negaba nada, como podría hacerlo, era «su niño» y era tan dulce y tierno que allá donde iba sólo quería darle lo que quisiera, y él se lo recompensaba por las noches, satisfaciendo sus más ardientes deseos, practicando numerosas fantasías, algunas de ellas ocultas hasta entonces y experimentando cosas nuevas.

Juan se dio cuenta de que estaba en la red, Álex lo había cazado definitivamente y él no quería soltarse, sino enredarse aún más.

Álex le presentó a sus amigos, pero Juan no parecía muy interesado en ellos, y el sentimiento era mutuo, los llamaba amigos aunque realmente eran compañeros de copas, aficionados a los comentarios ácidos sobre la gente y el mundo, muy ariscos y envidiosos, las típicas «malas» que frecuentan el ambiente y sólo saben hablar de los demás. Como todas las *malas* estaban más salidas que unas gatas en celo, seguramente debido a lo poco que follaban, pues a ver quién iba a aguantar a semejantes engendros, que además de *malas*, eran feas con avaricia.

Pasaron los días y llegó el día en el que el padre de Juan volvió de viaje, hizo las típicas preguntas de cortesía: «¿te lo has pasado bien?», «¿me has echado de menos?». Sí, sí, seguro que lo había echado mucho de menos, mientras se tiraba a su chico no pensaba en otra cosa más que en su padre, así que Juan le contestó con evasivas, no tenía tiempo para pararse en estúpidos, rutinarios y aburridos comentarios, con lo que no se dio cuenta de que él también parecía volver

extrañamente feliz de su viaje.



## IV

La vuelta del padre de Juan no le benefició nada, pues a partir de entonces se veía menos con Álex. De vez en cuando quedaban en casa de este, pero como era un piso compartido no podían ir muy a menudo, sobre todo si estaban allí los compañeros, que eran muy reticentes a dejar que los dos chicos se dedicaran a echar polvos aquí y allá por toda la casa, «pequeñas monjas reprimidas y envidiosas» los llamó Juan.

La solución pasó por citas ocasionales en la casa de alguno de los dos cuando no había nadie, hostales de vez en cuando y alguna que otra escapada al campo con algún coche.

A pesar de las nuevas dificultades, Juan seguía tan colgado como el primer día, pero empezaba a sospechar que las cosas no iban tan bien. Cuando se quiso dar cuenta, se fijó en que era él quien hacía siempre todas las llamadas y proponía las citas.

Álex siempre había sido un chico distante y reservado para sus cosas, nunca quiso hablar con Juan de su pasado, quizá tenía algo que ocultar, pero no parecía muy dispuesto a revelárselo.

—Mi vida anterior no es nada interesante, aunque sí bastante completa, casi podría escribir un libro contándola —le dijo Álex alguna vez.

—¿Y por qué no lo haces? Podría ser interesante —propuso Juan.

—Escribir historias casi autobiográficas es estúpido, sólo lo hace la gente exhibicionista aburrida sin nada mejor que hacer, prefiero pensar en lo que me puede pasar y no en lo que ya me ha pasado y no tiene solución. —Realmente Álex no quería recordar su pasado.

—A veces es bueno recordar lo que uno ha vivido, le puede evitar tener los mismos problemas en el futuro.

—Sí, pero no recordándolo con medio mundo, además yo soy algo vago para escribir, si alguien quiere conocerme que lo haga en persona, no me asusta el futuro y no me importa coger al toro por los cuernos —Álex era un chico decidido.

—Mientras no te llesves ninguna cornada, de todo se aprende, aunque no todos lo consiguen —Juan cada día se ponía más profundo.

Sus conversaciones se estaban convirtiendo con el tiempo en más filosóficas, y a la vez más aburridas, lejos quedaban las alegres y morbosas del principio. ¿Se apagaba el fuego? Juan quería pensar que no, pero era indudable que las cosas habían cambiado desde la vuelta de su padre, que estaba muy a menudo en casa, siempre colgado del móvil, hablando con no sé quién, alguien del trabajo seguramente, pero siempre rondando por allí, sin darle oportunidad a disfrutar durante unos momentos de ese placer intenso que sentía cuando estaba con Álex y lo invitaba a casa. Se había follado al rubio ya tantas veces que se conocía su cuerpo con detalle y podía hacerse

una imagen mental muy fiel que había usado en demasiadas pajas mentales por las noches.

Álex parecía cada vez más tenso cuando veía a Juan, ya nunca estaba con sus amigos, esas malas siempre salidas, sino que estaba solo; según él, porque habían discutido debido a que no paraban de meterse en su vida, algo que él no soportaba.

Ahora se veían sólo el fin de semana, Álex le empezó a decir que de lunes a viernes estaba muy cansado por el trabajo y todas esas cosas, así que durante esos días Juan se mojaba las ganas en el café, llegando a dudar incluso de si Álex hacía lo mismo.

—¿Estás bien hijo? Últimamente te veo preocupado, triste, ¿te pasa algo Juan? — Incluso su padre, siempre tan distante, notaba que pasaba algo.

—No papá, déjame, no me pasa nada.

—En serio, estamos los dos solos, si tienes algo que contarme dímelo, no te preocupes, siempre hemos tenido confianza... —Óscar, el padre de Juan, empezaba a preocuparse.

—¡Te he dicho que lo dejes! Que aquí no pasa nada —Juan empezaba a irritarse.

—¿Estás seguro? —Él no lo estaba.

—Pero ¡qué te he dicho! Ya me tienes hartos con tus estúpidas preguntas, ¿acaso me cuentas tu algo de tus cosas? ¿Por qué iba a hacer yo lo mismo? No te das cuenta de que yo ya no quiero hablar contigo.

Desde luego, la relación entre Juan y su padre se empezaba a deteriorar también a gran velocidad, aunque esa erosión era debida más bien a su bajo estado emocional, ya que veía por primera vez cómo alguien que le interesaba empezaba a pasar de él.

La autocompasión es mala compañera, te hace pensar que eres el único que existe, desvirtúa tus recuerdos y no te deja razonar las cosas, y en el amor la mayor tortura es recordar al amante perdido en una noche solitaria.

Le ha pasado a prácticamente todo el mundo, pero nunca se aprende a no volver a caer, la devoción no es buena en el amor, el amor debe ser una relación entre iguales, no una relación de esclavitud sentimental con otra persona, pero cuando la balanza está descompensada es cuando surgen los amores no correspondidos.

El dolor punzante y agudo que sentía Juan cuando, un día cualquiera, pasaban las horas y Álex no le llamaba, cuando hablaban y la conversación se hacía mucho más corta de lo que él quería, cuando rechazaba una cita poniendo todas las excusas posibles, cuando, en definitiva, había desaparecido el gran interés que había mostrado su «niño rubio» por él cuando le conoció; era una losa difícil de llevar, especialmente para alguien que nunca había tenido que soportar esa carga, pues siempre fue él el borde y el que dominaba la situación.

Llegó el día temido, por primera vez en bastante tiempo Álex llamó y propuso quedar por la tarde en un café tranquilo, y Juan se imaginó lo peor.

Mamá Inés es casi como un museo, y no debido a esa decoración de cuadros de pintores desconocidos que adornan el local, ni a esas lámparas que hacen como que alumbran un sitio que nunca ha sido luminoso, ni siquiera por la mañana, sino por el personal que frecuenta el café, que reúne a la vez lo mejor y lo peor de Chueca. Prácticamente todo el mundo pasa por este conocido lugar, incluso se puede ver de vez en cuando a algún famoso, que siempre acaban siendo la comidilla de las conversaciones, con todo el mundo discutiendo sobre si es o no es gay, llegando a la conclusión casi siempre de que es gay con un sí rotundo, da igual que sea famoso de cartón, juez o presentador de telediarios.

Además, la forma alargada del local es estupenda para aprendices de Boris Izaguirre, pues cuando entras y vas hacia la barra puedes notar cómo los de las mesas de ambos lados del pasillo te observan, casi todos se vuelven para ver el nuevo espécimen del local y, mientras tú caminas con gracia de cigüeña coja, tienen fijos docenas de ojos en ti, que piensan, con ese compañerismo tan gay, «a ver cuánto tarda en caerse la fea esa y se rompe los dientes». Salir es más gratificante, pues puedes tener la certeza de que en lo que se están fijando es en tu culo, así que si vas alguna vez será mejor que procures moverlo con gracia, por lo que pueda pasar.

Álex lo estaba esperando en una mesa que hacía esquina pero que se encontraba justo al lado de la ventana, como un escaparate desde el que poder ver a la gente de la calle y desde el que ellos también te pueden ver. Juan sonrió y se sentó a su lado, Álex permanecía impassible, sin apartar la vista de la ventana.

—Siempre eliges esta mesa, empiezo a pensar que te encanta que te observen — se burló Juan.

—Claro que me gusta que me observen, es uno de los pequeños placeres de la vida, ¿quién no va a fijarse en un chico de diecinueve años tan guapo como yo? Me gusta sentirme deseado...

«Creído», pensó Juan, aunque se dio cuenta de que era eso exactamente lo que había pensado siempre de sí mismo, sólo que hasta ahora no se había encontrado nunca en el otro lado.

—Hacía tiempo que no me llamabas, ya tenía ganas de verte —dijo Juan mientras le cogía la mano a Álex.

—Sí, bueno, he estado ocupado con el trabajo y otras cosas, me he cambiado de piso ¿sabes? —Y sutilmente Álex apartó su mano, gesto que no le pasó desapercibido a Juan.

—¿Ya te has hartado de esas pequeñas víboras que vivían contigo?

—Piensas lo mismo que yo sobre ellos. Sí, no los podía aguantar más, yo siempre he sido muy independiente y me molestan mucho las personas que se meten en mi vida y me llenan de consejos —respondió Álex con esa sonrisa que le salía tan bien y hacía derretirse a los demás.

—Bueno, espero ser la excepción, a mí me gustaría meterme en tu vida... y en otros sitios tuyos —dijo Juan entre risas nerviosas, no le gustaba el tono ni los gestos de Álex en esos momentos.

—¿Sabes, Juan? Yo no pienso así, creo que deberíamos tomarnos un respiro, físicamente me gustas mucho y lo paso bien contigo, pero entre lo del piso y demás, ahora mismo no tengo mucho tiempo para andar pensando en parejas, tú me entiendes.

—¿Sólo te gusto físicamente?

—¿Acaso hay algo más? Estos días hemos follado como locos, y han sido unos buenos polvos, pero hemos hecho poco más, no me gusta ser hipócrita, ya lo sabes, pero creo que no me apetece una relación más profunda, y pienso que yo también te intereso por el físico ¿no?

—No lo sé. Desde luego fue en lo que me fijé... al principio, pero luego... ya no sé qué pensar.

«Pienso que aquí hay más de lo que me estás contando, pequeño cabrón, has estado jugando conmigo». En ese momento llegó el oportuno camarero con una bandeja llena de tazas de té, pero como pasa demasiado a menudo en los cafés de Chueca, el chico se había confundido y les había traído el pedido de otra de las mesas, así que volvió por donde había venido. Los dueños deben poner tanto empeño en intentar contratar camareros jovencitos y monos que se olvidan de comprobar si son buenos camareros, claro que eso a la clientela le da igual pues predomina esa filosofía tan gay de que si el camarero está bueno da igual que sea un torpe, el caso es que tenga un culo prieto y una cara bonita.

—Joder, qué camarero tan torpe, espero que cuando folle no se equivoque también de sitio y acabe metiendo la polla del otro por el ombligo —Juan estaba realmente de mal humor.

—Pues a mí me gusta, además creo que le conozco... —Álex se interrumpió al observar sobre él la mirada inquisitiva de Juan.

Tras un incómodo silencio, Juan volvió a hablar.

—Oye Álex, ya sé que nunca hubo nada formal entre nosotros, y no quiero ser yo el que precipite las cosas, pero si no podemos tener una relación estable, al menos sí me gustaría seguir viéndote de vez en cuando, creo que nos lo pasábamos bien juntos.

—La traducción del mini discurso de Juan podría ser la de un intento desesperado de que Álex no pasara definitivamente de él.

—Es posible, me lo pensaré, es cierto que follabas bien, cuando me apetezca estar contigo lo haré, deja que sea yo el que te llame. —Y la traducción de la respuesta se resume en la palabra «piérdete», el intento no había funcionado, y Juan lo sabía.

Había poco más que decir, todo estaba muy claro, Juan no era tonto, él mismo había usado las mismas excusas muchas veces para mandar a paseo a muchos de los

niños que se había tirado en el pasado, pero esta era en realidad la primera vez que se lo decían a él, y le dolía por dentro como nunca había sentido antes.

La única duda era si Álex pasaba de él porque ya no le gustaba o porque había encontrado a otro. A Juan le parecía que el rubio sabía demasiado, pero al principio no le había dado importancia, es más, incluso le había resultado morboso el asunto: el cazador cazado.

Las señales, desde luego, eran muy malas: Álex no le dio la dirección de su nueva casa, lo cual indicaba cierto grado de desconfianza. La despedida fue muy seca, no hubo ni besos ni abrazos, y aunque ambos mantuvieron las formas y sus caras eran dos piedras inexpresivas que no mostraban pena ni tristeza en ningún momento, Juan se derrumbaba poco a poco por dentro.

Al volver a casa Juan la encontró vacía, su padre debía haber salido a algún sitio, y eso fue aún más terrible, en la soledad es cuando uno piensa y se vuelve loco recordando amores perdidos.

La oscuridad de la soledad y los recuerdos te desvirtúan la memoria del pasado y te hacen ver todo lo anterior como algo terrible y asqueroso o como un idilio perfecto en el que encontraste la felicidad más absoluta. Normalmente lo segundo precede a lo primero.

Las fases habituales cuando rompes con un novio al que querías son dolor, tristeza, depresión, autocompasión, razonamiento, aceptación, repulsa, odio y desinterés total; por este orden.

Pero Juan aún tenía el dolor reciente y la tristeza lo acechaba, produciéndole intensos pinchazos en el corazón y la garganta. Sin embargo no lloró, nunca lo había hecho por nadie, ni siquiera por sí mismo, y aún quería pensar que podría seguir controlándolo, que podía dominar sus sentimientos.

Lo mejor era darse una ducha, dormir y pensar: «mañana sería otro día», sabio consejo de las protagonistas de películas antiguas.

Durante un rato, mientras se duchaba y se cambiaba de ropa, intentó pensar en otra cosa, intentó permanecer indiferente al dolor, pero cuando se acostó y cesaron los ruidos de la ducha, de la televisión y de todas las cosas con las que había intentado entretenerse, volvió a acordarse de muchas cosas, de Álex, de su cuerpo, de la primera noche, de su sonrisa. «Tonterías, ¡me estoy portando como una quinceañera enamorada!», cerró los ojos y se recostó sobre la almohada, pero ya era demasiado tarde, una lágrima la había mojado.

## V

Las lágrimas resacas a veces duelen más que las recientes, pues a ciertas personas, demasiado orgullosas para admitir las cosas, les duelen por dos motivos diferentes: por el propio dolor que las causa y por la vergüenza de sentirse tan vulnerables.

Cuando al cabo de dos días de estricta soledad, de ver a todas horas la televisión, de poner la música muy alta y despertarse siempre al amanecer con el ánimo apagado, Juan recibió una llamada, albergó una tenue esperanza en lo más hondo de su corazón: Álex...

Pero no era él, sino Pedro que, desconociendo todo lo que había pasado, estaba muy animado. Por fin había vuelto de sus vacaciones en Barcelona y estaba deseoso de poder ver de nuevo a su amigo.

Aún quedaba tiempo para la tarde y Juan se hizo una promesa: no podía permitir que Pedro le viera vulnerable, él siempre había sido una roca para todo el mundo, ¿por qué iba a destruir el mito? Y menos con la persona a la que más vergüenza le daría mostrárselo, a aquella que mejor le conocía. Muchas veces la confianza extrema con los amigos provoca los comentarios más crueles, precisamente por la falta de reparos al decirlos.

Después de una ducha, de arreglarse lo mejor que pudo y tragarse el nudo de la garganta con todos sus sentimientos, salió de casa para dirigirse a donde había quedado con Pedro, precisamente en Mamá Inés, qué maldita casualidad, sin embargo tenía muy aprendido su papel y caminaba con paso firme y la cabeza muy alta, casi parecía el mismo Juan de antes del verano, excepto por los ojos rojos.

La cafetería estaba llena, como siempre, había velas en las mesas, ya era tarde y hacía rato que las habían encendido, Pedro aún no había llegado. Posiblemente era la primera vez que Juan no llegaba tarde a una cita con él, y se debía a que había salido casi media hora antes de casa, porque prefería esperar en la calle que hacerlo en una casa solitaria torturándose con sus propios recuerdos.

Pedro llegó como un torbellino, como era habitual en él, con una sonrisa de oreja a oreja y con su habitual desparpajo y alegría, ignorando el estado de ánimo de Juan.

Tras los saludos de rigor, besos y demás, eligieron una mesa al fondo del local, recogida y con sillones pegados a la pared y allí, después de pedir, empezó la habitual tormenta de preguntas.

—Te noto extraño Juan, como apagado... —empezó a decir Pedro.

—No es nada, sólo estoy un poco desanimado, eso es todo.

—Déjame que lo adivine... ¿te has enamorado de alguien? —Pedro conocía muy bien a Juan, después de todo, era su amigo.

—¿Cómo puedes saberlo? ¿Alguien te ha dicho algo? —preguntó un más que sorprendido Juan ante la perspicacia de Pedro.

—¡Qué va! Pero he visto esa cara muchas veces en otras personas, y en mí mismo y sé lo que significa, además tarde o temprano te tenía que pasar, nadie se escapa, y la verdad es que ya iba siendo hora de que te tocara —contestó Pedro en tono amable.

—No sé cómo puedes desear que me toque algo así, pensé que eras mi amigo.

—Y claro que lo soy, precisamente por eso me alegro de que te haya pasado, nunca has querido saber de parejas y las cosas se valoran cuando las pierdes, seguro que aprende algo de un asunto como este... —Miró a su alrededor, como queriendo que nadie se enterara y seguidamente preguntó con gran entusiasmo en su susurro—. Por cierto, ¿quién es?

—No lo conoces, se llama Álex, tiene diecinueve años y es de un pueblo de Extremadura, pero vive aquí en Madrid.

—¿Alex?, ¿de Extremadura?, pues te parecerá una tontería, pero sí que me suena, juraría que he hablado con alguien así en Internet, de hecho creo que era un amigo de Cristian, el navarro loco que estuvo por mí hace tiempo... —Pedro se quedó como abstraído intentando recordar.

—No lo sé, la verdad es que no me extrañaría, le he pillado varias mentiras y creo que es algo pendón, no me sorprendería que ligara también por Internet —dijo Juan, intentando quitarle importancia al asunto mientras jugaba con el cenicero de la mesa, pero Pedro se dio cuenta enseguida de que en realidad fingía.

—Has cambiado Juan, se te nota en el hablar, y eso que ha pasado poco tiempo, pero el Juan de antes no acusaría a nadie de pendón, sobre todo cuando tú mismo lo eras.

—Yo follaba mucho, pero procuraba no hacer daño a la gente. —Se defendió.

—Eso no es cierto, sí que lo hacías, recuerda que te enrollaste alguna vez con amigos míos, sé de primera mano lo que pasaba entonces, y sé cómo muchas veces acabaste pasando de ellos, cosa que no te reprocho, yo no voy a ir a estas alturas de madre superiora, no soy ningún santo, pero sí que hacías daño a la gente, lo que pasa es que cuando el dolor es para los demás no te das cuenta, y es más fácil, crees que todo el mundo piensa igual que tú y las cosas no son sólo como tú las ves.

»De todas formas, creo que es bueno que hables así, necesitabas que te dieran un palo alguna vez, igual que a todos, es la única herramienta eficaz para aprender el significado de la humildad.

—¡Qué pedante llegas a ser a veces, Pedrito! —dijo Juan con una débil sonrisa.

—Ya lo sé, debe ser por mi afición a esos libros románticos de mi madre. Siempre quise ser como una de las protagonistas, vivir en un mundo de sentimientos, en una lujosa mansión y tener un jardinero cachas del que enamorarme —rio Pedro, y ambos se relajaron.

—Sí, pero más que enamorarte seguro que acabarías tirándotelo sobre el césped del jardín y pinchándote con alguna rosa en el culo —Juan volvía a recuperar su

habitual buen humor, Pedro era un gran antídoto contra las depresiones.

El reencuentro de las dos cotorras era exactamente lo que necesitaba Juan para levantar el ánimo, alguien con quien poder sincerarse, pero a la vez alguien que no estuviera haciéndole recordar continuamente y mostrándole su lástima, Pedro sabía que lo mejor para animar a alguien deprimido es no hablar de la depresión, sino tener lo que se conoce como una conversación de besugos, intrascendente, sencilla y divertida.

Llegaron los cafés, Juan se fijó en que el camarero que los traía no era el mismo de la última vez que estuvo en Mamá Inés con Álex y eso, en cierto modo, lo alivió, además no se había equivocado de pedido. El cambio continuo de camareros demuestra la gran inestabilidad laboral en el mundo de la noche y la hostelería, que se contagia incluso a las cafeterías con más nombre. Juan cogió su taza con aire despreocupado, aparentemente más animado que antes.

—Bueno, yo quiero olvidar cuanto antes lo mío, así que no quiero hablar más de eso, cuéntame, Pedro, ¿qué tal te ha ido por tierras catalanas?

—Bastante bien en realidad, a decir verdad me ha ido fantástico, al principio todo era un rollo, tú sabes que nunca me ha gustado Barcelona... Sí tiene mar, playa y todo eso, pero como ciudad se queda más pequeña que Madrid, aparte de que ya estoy harto de tanta marica de diseño, y por allí abundan incluso más que aquí. Tu sabes que me agota tanto «seny» y que yo necesito algo más bastorro y real.

—Siempre he pensado que tú también eras una marica de diseño —se burló Juan.

—Sí, pero yo tengo clase y estilo, y eso no se hace, se nace, que el mundo está lleno de petardas que han aprendido a moverse viendo a las famosas en Tómbola.

—Bueno, deja de decir mariconadas y ve al grano, anda.

—Vaaale, bueno, pues el caso es que ya entrando en la segunda semana que estuve allí me pasó algo gracioso. Estaba yo tranquilamente sentado en una de esas terrazas de la Villa Olímpica que dan al mar, el paseo marítimo y todas esas cosas estupendas para quien le guste el olor a algas, y allí me fijé en uno que no me quitaba ojo.

—Si es que esa zona es un escándalo, la gente se va a follar a la playa por la noche.

—Pues yo lo hice, jejeje —confesó Pedro con mirada pícaro.

—No me sorprende —le espetó Juan mientras bebía un sorbo.

—La verdad sea dicha, donde esté una cama que se quite la playa, ya pueden decirme que es romántico y demás, pero lo de la arena es un coñazo, se te mete por todas partes —dijo Pedro mientras se movía, haciendo como si tuviera arena en los calzoncillos.

—Bueno, pero ¿quién era él? Que te enrollas más que una persiana.

—Pues a ti no te gustaría, porque era mayor, no sé exactamente la edad que



tendría, supongo que sobre los cuarenta o cuarenta y cinco —decía Pedro mientras hacía como si contara con los dedos.

—Lo que me imaginaba, ya has vuelto a asaltar una residencia de ancianos —lo interrumpió con un bufido.

—¡Que no! Que este estaba muy bien, muy cuidado y bien conservado para su edad.

—Sí claro, las momias de un museo egipcio también están «muy bien conservadas para su edad»...

—Deja de burlarte, el caso es que este tenía buena pinta y la verdad es que era un encanto, me trató genial durante una semana y pico que estuvimos juntos, me invitaba a cenar, al cine, era estupendo.

—Genial, podéis compraros una masía con la pensión del viejo y vivir en la montaña como Heidi y su abuelito, jajaja.

—Mmm, no me tientes, jejeje. —Se quedó pensando un momento, hasta que afirmó convencido—. Pero no hace falta llegar a tanto, él vive en Madrid y seguro que nos volvemos a ver...

—Pues nada, a ver cuándo me lo presentas.

—Sí, lo haré, pero no aún, antes quiero estar seguro.

—¿Seguro de qué?

—Pues de que no está casado o cualquier cosa de esas. No sería la primera vez que me pasa algo así de extraño... —dijo algo preocupado.

—Tú y tus ligues de Internet, eso te pasa por chatear tanto, chato. —A Juan le encantaba hacer de hermano mayor Pedro.

—Calla, que aún me acuerdo de lo de Cristian...

—Pues podrías olvidarlo ya ¿no? Que te pones de un pesado con eso, han pasado siglos.

—Sí, tienes razón, además ahora que he encontrado a «mi hombre» todo cambiará... —Y miró hacia el techo poniendo los ojos en blanco.

—Pufff. —Esto ya era demasiado para Juan—. Pareces la protagonista de una cursi telenovela venezolana escrita por Boris Izaguirre; anda, termínate eso de una vez y vamos a dar una vuelta por ahí, esta noche no quiero acordarme de nada, me apetece despendolarme, hoy mojo seguro...

Ante ese último comentario, Pedro puso cara de escepticismo. «Tal vez no ha aprendido tanto como pensé antes», se dijo para sí, pero era su amigo y tenía que animarle, así que salieron juntos a recorrer de nuevo bares y discotecas como solían hacer antes del verano.

La noche aún era joven y Juan esperaba ahogar sus penas en la cama de alguien, los hombres son como el fútbol, la gente siempre se acuerda más del último partido, y Juan mantenía la esperanza de borrar el fantasma de sus fantasías de Álex

acostándose con otro.

Pero Juan no era el mismo esa noche, estaba preocupado y se le notaba en la mirada, que carecía de esa seguridad y autoconfianza que le habían caracterizado en el pasado.

Mirando a los jovencitos que le gustaban, no le parecían más que un reflejo pálido de Álex y esto le producía tristeza, muchas de las veces que alguno de ellos le miró con interés y con una sonrisa, esta se desvanecía al ver el rostro serio e inexpresivo de Juan, malinterpretando su seriedad como que no estaba interesado en él.

Juan no estaba para juegos de miradas esa noche y ninguno de los recorridos posibles por las discotecas de ambiente de Madrid podían solucionarlo, en ningún sitio estaba a gusto, siempre decía que el local estaba muerto, ni Polana, ni Long Play, ni Cool, ni Ohm..., nada le satisfacía.

Pedro aguantaba el silencio de Juan, después de todo era su amigo y se imaginaba por lo que estaría pasando, además era la primera noche que se veían en bastante tiempo, pero el peregrinaje por tantas discotecas diferentes le estaba arruinando por las carísimas entradas que cobran todos esos locales para conseguir un supuesto derecho a entrar tras esperar inexplicablemente durante una hora en una cola interminable. Al fin, Pedro decidió que no aguantaba más y se paró en medio de la calle.

—Oye Juan, decídate por un sitio de una vez, que parecemos peregrinos haciendo el camino de Santiago.

—Ohm estaba muerto, Pedro, allí ahora sólo van pastilleros de éxtasis y anabolizantes.

—Pues igual que en Cool, que no había nada interesante esta noche, pero también le has puesto pegas a Polana, Liquid y Gris, y ya no queda mucho más... me parece que en tu actual estado sólo Strong te parecería algo diferente, aunque puede que también más triste.

—¿Mi actual estado? Estoy perfectamente, sólo estoy cansado...

A Juan nunca se le había dado bien mentir, pero fue el comentario perfecto para que Pedro propusiera dar por concluida la noche y volver a casa, pues él sí estaba cansado de verdad, y había quedado al día siguiente con su nuevo ligue, necesitaba dormir para estar presentable por la mañana.

Juan dejó que Pedro se fuera a regañadientes, al principio se planteó quedarse un rato más él solo por ahí, pero la falta de ganas y la indecisión para elegir el local le hicieron desistir de la idea, así que volvió a casa sin coger el autobús, andando, perdido entre sus propios pensamientos.

«Tal vez Pedro tenga razón, la lección de la humildad es algo demasiado duro de aprender», pensó Juan mientras se preguntaba qué estaría haciendo Álex esa noche, y se dio cuenta de que había recorrido todos los locales que había podido, no buscando

un nuevo ligue, sino con la esperanza de encontrar, en alguno, quizás con sus amigos, con su copa en la mano, con su sonrisa eterna, como la noche que le conoció.

Pero Álex no estaba aquella noche por Chueca y Juan no lo sabía, se imaginó toda serie de hipótesis, cada una más cruel con sus sentimientos que la anterior y al llegar a su casa poco a poco le fue venciendo la depresión.

Ahora era sólo un pelele enamorado, como la mayoría de los veinteañeros que había conocido, se había transformado en lo que más despreciaba y a la vez ansiaba, se había transformado en un deforme y sentimental reflejo de Pedro, a quien siempre había criticado por su romanticismo.

## VI

La semana siguiente fue una de las más lentas que Juan podía recordar, o al menos así se lo pareció. Veía cómo los días pasaban tan despacio que le producía una intensa irritación, y eso le convertía en un ser insociable.

Su padre había desistido de intentar hablar con él en ese estado y parecía estar ocupado en otros asuntos; siempre entrando y saliendo de casa. Como otros hombres de negocios, más que trabajar para vivir, vivía para trabajar, incluso en verano.

—Oye Juan, ¿vas a salir este fin de semana? —le preguntó su padre. Era la primera vez que se hablaban en todo el día.

—No lo sé aún, ¿por qué? —Juan hubiese preferido seguir en silencio, pensando y auto lesionándose con sus recuerdos.

—Este fin de semana tengo una reunión importante. Nuestra empresa celebra una junta en el parador nacional de Segovia. No creo que esté aquí el sábado ni el domingo. Así que te tendrás que quedar solo —le decía mientras preparaba una pequeña maleta.

«Genial, podías haber tenido eso cuando estaba con Álex y dejarme la casa», refunfuñó para sí un malhumorado Juan.

De todas formas, Juan sí tenía ganas de salir. Cualquier cosa mejor que estar encerrado en casa. Incluso él estaba sorprendido de lo fuerte que le había dado por Álex. Al principio había pensado que sería un dolor pasajero y que en dos o tres días ya se le habría olvidado. Pero no fue así. Su recuerdo seguía presente, torturándole a cada momento y no dejando tranquila su atormentada conciencia.

El actual estado de su amistad con Pedro tampoco ayudaba mucho. Casi no se habían visto esa semana. Parecía que cuando uno se echaba un novio, las relaciones con sus amigos se deterioran. Era como si uno tuviera un cupo de cariño que dar y a medida que se iba ampliando el círculo de personas que participaban de ese cupo, este se hacía más débil, demasiado escaso para repartir entre tantos.

Pero Juan confiaba en que ese fin de semana sería para ellos. Necesitaba despejarse y Pedro era una persona perfecta para eso. Podían hablar de cualquier cosa, reírse, salir por ahí, y quién sabe qué más...

Juan se sorprendió de este último pensamiento. Hacía mucho que no pensaba en Pedro de esa manera. Ya lo había dado por imposible tras intentar algo con él hacía dos años, pero cuanto más tiempo pasa desde que conoces a una persona, menos posibilidades se tienen de tener sexo. Aunque las probabilidades nunca se descartan del todo.

A pesar de eso, Juan no parecía tener la más mínima oportunidad. Cada vez que Pedro hablaba era para decir lo ilusionado que estaba con su nuevo ligue, lo bien que lo trataba, cómo lo invitaba a comer, o que le regalaba cosas... Lo único que de

verdad le hacía sospechar a Pedro era que ese hombre no le invitaba a su casa. «Mal asunto, seguro que está casado», fue lo primero que pensó, recordando antiguas experiencias.

Ahora Juan estaba medio adormilado, tirado en el sofá del salón viendo uno de esos programas de la televisión de los que la mitad de la audiencia es gays y la otra mitad marujas jubiladas. En estos *shows* televisivos que sólo se habla de noticias del corazón o lanzan al estrellato a personajes tan increíbles que uno duda de que realmente puedan existir. ¿Cómo puede haber personas con tan escaso sentido del ridículo en el mundo?

El fuerte sonido del timbre del teléfono despertó a Juan de golpe. Esperaba la llamada, pero el programa le había aburrido tanto que ya estaba casi dormido.

Era Pedro, y no tenía buenas noticias. Llamaba para disculparse. Ese fin de semana no podrían salir juntos, ya que había quedado con su ligue y se iba a pasar la noche con él.

Juan soltó una maldición. Él sí quería salir, pero no quería hacerlo solo. No quería acabar convertido en un zombi sonámbulo que recorre todos los locales de Madrid persiguiendo fantasmas del pasado. Empezó a pensar posibles alternativas que le ayudaran a pasar el fin de semana. Además sería un fin de semana en que estaría totalmente solo, sin amigos, sin padre, sin novio... un panorama no muy alentador para quien se debate en medio de una depresión.

Finalmente decidió alquilar una película para verla mientras cenaba. Después de todo, el cine es algo maravilloso como distracción. Si la película te engancha puedes estar hora y media sin pensar en otra cosa. Durante unos momentos te olvidas de tus problemas. Para eso, el cine realmente es magia.

Un videoclub es como una gran biblioteca audiovisual moderna en la que por una pequeña cuota puedes alquilar unos momentos de entretenimiento. Pero ya no encuentras esas estanterías enormes cargadas hasta arriba de cintas VHS, ahora son unas máquinas que están en la calle y que parecen cajeros automáticos, las que encargan de repartir los DVDs. Todo es cada vez más impersonal, pero más discreto y eficaz.

Juan no podía decidirse, ¿qué película alquilar? El catálogo era realmente extenso, así que decidió hacer un exceso y alquilar dos. Al precio que estaban, era casi como comprar una en propiedad. Le apetecía ver una película antigua para entretenerse y, recordando que había oído hablar de ella toda la vida y aún no la había visto, alquiló la cinta original de *King Kong* de 1933. La otra que le llamó la atención, porque parecía de temática gay, fue *Beautiful Thing*.

Con estas dos películas en casa y una pizza en el horno esperaba matar el tiempo hasta el día siguiente. Quién sabía, quizá podría llamar a Pedro y quedar con él la tarde del día siguiente para preguntarle qué tal le había ido la noche.

La pizza ya estaba casi hecha. Mientras veía como poco a poco terminaba de hacerse y el queso se movía en extraños movimientos, burbujeantes, Juan pensó en su familia. Para él resultaba increíble el fenómeno de las pizzas en España. Hacía veinte años era casi un plato exótico, reservado a los restaurantes italianos y a las escasas franquicias que había entonces, como Pizza Hut. Ahora, sin embargo era incluso más popular que la hamburguesa y cualquier fin de semana podía ver a un ejército de motoristas que recorría la ciudad repartiendo sus pedidos: la revolución del Telepizza.

Últimamente, intentaban vender pizzas frescas como si fueran productos tradicionales que hacían las abuelas del pueblo. Lo había visto en un anuncio muy gracioso de una viejecita adorable que hacía pizzas para sus nietos en una masía con productos de la tierra. En realidad Juan dudaba mucho que cualquiera de sus nunca suficientemente valoradas abuelas supiera siquiera lo que era una pizza. Especialmente las abuelas de pueblo, que, sin embargo, sabían hacer toda clase de comidas maravillosas e irrepetibles recetas, que una vez que ellas desaparecían, era difícil volver a probar.

La televisión era lo mejor del salón. Óscar, el padre de Juan, era un fanático de los cacharros de última tecnología y, gracias a su sueldo, se los podía permitir. Su última compra, de hacía tan sólo una semana, era un enorme proyector de plasma de 45 pulgadas extraplano. Para quien le guste el cine es sin duda la televisión de sus sueños.

A Juan no le impresionaba, le hubiera dado igual que fuera eso o una simple televisión vieja de 14 pulgadas. El caso era pasar el rato enganchado a la pantalla, así que puso la primera película mientras se tumbaba en el amplio y cómodo sillón.

*King Kong* es una película extremadamente vieja, tiene ya más de setenta años y sin embargo conserva un aire muy digno que permite aún verla y meterse de lleno en ella; eso sólo lo consiguen los clásicos, y esta es sin duda el gran clásico de la ciencia ficción.

A Juan le gustó bastante la película, tenía todo lo que puedes esperar en una historia parecida, y le sorprendían las similitudes con el cine actual. Penseo que realmente pocas cosas se habían inventado últimamente en el cine. Un monstruo gigantesco, una isla tropical llena de nativos, un barco de marineros, escenas de pánico en la gran ciudad y la guapa protagonista de quien todos se enamoran, incluidos el gran mono y un atractivo y chulo marinero, que después de maltratarla con su soberbia y machismo no puede luchar contra su belleza. Armas de mujer.

Algo muy parecido a la situación que vivía Juan, quien pese a ir siempre de dominante y alardear de controlar toda clase de situaciones, había comprobado que por muy fuerte que sea uno, la belleza es el arma más mortífera que existe, y ni el más insensible de los hombres puede resistirse a ella.

Juan era muy fuerte, se había acostado con muchos chicos, más de los que podía

ya recordar, se había olvidado de ellos, a muchos los había incluso despreciado cuando se habían vuelto a acercar a él, pero cuando encontró a uno que de verdad le gustaba, con el que sintió que quería repetir, al que deseaba volver a ver, él le despreció. Por primera vez fue Juan el despechado y eso ya cambiaría para siempre su forma de ver muchas cosas.

«Y es que si alguien te gusta de verdad te olvidas de todos los demás problemas», pensó Juan evocando por un instante en su mente a Álex... y a Pedro.

Tras la avalancha de pensamientos que atormentaron a Juan al término de la primera película, decidió darse una terapia intensiva de telebasura para olvidarse de todo.

La programación nocturna de la televisión es digna de ser el guión más histérico de una película de Almodóvar, los programas de variedades con extraños personajes invitados se alternan con debates, desfiles de modelos, actuaciones musicales y casi todo lo que uno se pueda imaginar.

Después de ver cómo un hombre se metía en una urna de cristal y le echaban serpientes y arañas por encima hasta cubrirle todo el cuerpo, Juan cambió de canal, sólo para ver un ridículo concurso en el que los concursantes, para ganar, tenían que elegir entre comerse un plato de tierra mohosa u otro lleno de gusanos, programas no aptos para escrupulosos. Lo último fue ver en otro programa una entrevista con una monja que no era tal, hacía tiempo había sido fraile en un convento, pero decía que siempre se había sentido mujer, así que salió del convento y, para pagarse la operación de cambio de sexo, se acabó prostituyendo. Ahora su mayor ilusión era ingresar en un convento de monjas...

«Esto ya es demasiado», pensó y con eso decidió acabar con esa televisión absurda y puso la otra película.

*Beautiful Thing* es realmente, como su nombre indica, una película muy bonita, y muy poco apropiada para ver cuando sufres un desengaño amoroso reciente. Si eres mínimamente sensible te puede entrar la añoranza de una relación en pareja, de vivir una de esas historias de amor que sólo ocurren en las películas pero que parece que nunca suceden en el mundo real.

Y mucho menos en el mundo gay.

Un mundo tan lleno de agresividad sexual, tan competitivo, tan rápido y tan cruel, en el que los feos no tienen ninguna oportunidad, en el que se ensalza hasta la exageración la juventud y la belleza, donde no cuenta otra clase de valores y la gente se olvida con suma facilidad de la última noche.

Parece que historias como la de la película, el amor entre dos chicos jóvenes que son vecinos, son de otro mundo, de otra época, si las comparamos con los inicios y con las primeras relaciones que hemos tenido casi todos, tan alejados de esas idílicas leyendas de amor que nos habíamos imaginado cuando aún éramos primerizos. Pero

en los inicios, en la adolescencia, también cuentan el fortísimo deseo sexual y las ganas de experimentar algo nuevo, y cuando entra el calentón se olvidan ideales y aspiraciones.

Y así, a fuerza de ir posponiendo el ideal, noche tras noche, cama tras cama, polla tras polla, todo anónimo, se acaba por olvidar el objetivo inicial, y con el tiempo se acaba incluso por olvidar quién es uno mismo y a dónde conduce esa espiral de placer intenso pero fugaz e ilusorio.

Todos envejecemos. En el mundo gay se puede ser un pendón con veinte años, en esos momentos todos pensamos que estamos en la cima y que nunca bajaremos de ella y, a decir verdad, no bajamos, nos empujan y nos echan hacia abajo, cuando los nuevos veinteañeros ocupan tu lugar.

Y si no has sabido madurar mentalmente y has buscado algo más sin dejar de lado por ello el sexo, entonces te encontrarás solo, y te darás cuenta de que los amores y las amistades hay que cultivarlos, cuidarlos y regarlos como a las plantas para que no se sequen, y cuando una flor se seca, es casi imposible hacer que vuelva a florecer.

Qué pensamientos más extraños. Juan había dado tantas vueltas que se dio cuenta de que ya no estaba pensando solamente en Álex, sino que se estaba replanteando su vida en general, su actitud con los demás.

Una cosa es buscar un buen polvo, que nadie puede criticar, y otra tratar a los demás como una mierda, tirándolos como un *kleenex* usado cuando ya no te valen, cuando ya te los has follado.

Juan necesitaba hablar con alguien, así que, siguiendo el consejo de Pedro, conectó el ordenador.

—Cuando te sientas solo, ponte a chatear, las conversaciones con desconocidos a veces te distraen de tus problemas, y en Internet, todos somos desconocidos —le había dicho Pedro.

Al principio el chateo aburría a Juan, nunca se había fijado en esas cosas, a pesar de estudiar informática, sus intereses se dirigían hacia otras cosas, como la programación o el diseño, y siempre consideró que pasar tantas horas hablando con gente que quizá nunca vayas a conocer, como hacía Pedro, era una gran pérdida de tiempo. «Pues claro que es perder el tiempo, ¡esa es la gracia que tiene! Pasas el tiempo sin que te des cuenta y te olvidas de todo durante un rato», eso era lo que le contestaba siempre Pedro, pero la pérdida de tiempo no calmó a Juan que no encontraba nada interesante en la red, así que al final, y sin saber cómo, cuando se quiso dar cuenta tenía el móvil en la mano y estaba haciendo lo que consideró una de las mayores estupideces y humillaciones de su vida, llamar a Álex.

El móvil dio varios tonos, demasiados, Juan estaba a punto de colgar cuando una voz suave y somnolienta contestó:

—Mmm, ¿sí? ¿Quién es? —preguntó un adormilado Álex.



—¿Alex? Soy Juan, ¿estabas dormido? Espero no haberte despertado.

—Ya es un poco tarde para eso, pero no, no estaba dormido —contestó con voz irritada, ya pasado el sueño.

—Es que me apetecía hablar contigo, mi padre se ha ido este fin de semana a una reunión de negocios y he pensado que a lo mejor te apetecía venir...

—¡Te dije que yo te llamaría para eso si me apetecía! Además no puedo, estoy ocupado, no estoy solo —Álex estaba ansioso por terminar esa conversación absurda y colgar.

—Ah, perdona, no lo sabía... —susurró un intimidado Juan al comentario irritado de Álex que ya empezaba a perder la paciencia.

—Mira, Juan, no me llames más, si quiero verte ya me pondré en contacto contigo. Adiós.

Los repentinos tonos del teléfono no permitieron que Juan ni siquiera se despidiese de Álex, era imposible que la cosa estuviera más clara: su «niño rubio» pasaba totalmente de él, y la llamada no había hecho más que irritarlo, ahora sí que no había ninguna posibilidad de futuro.

Juan se quedó hecho polvo, sabía que habría sido mejor no haber llamado, ahora las cosas estaban peor, el recuerdo se había avivado y la herida volvía a sangrar, con más fuerza, abierta a carne viva por la espina del desprecio.

Ahora Álex veía a Juan como un muñeco al que manejar, pero no como un juguete adorable que poder usar de vez en cuando, sino como una mosca zumbante que le seguía y le molestaba... hasta que consiguiera acabar con ella de un golpe.

Y el golpe era el desprecio, la indiferencia, el dejar al amante después de todo lo demás, y hacérselo saber, hacerle sentir que no valía nada y que no había vuelta atrás.

¿Pero por qué?, ¿por qué hubo ese cambio repentino en la actitud de Álex? Cuando cortó con él en el Mamá Inés no dio ninguna razón convincente, lo más lógico sería pensar que simplemente se había cansado de Juan, pero esa explicación no lo convencía, no, había algo más. Juan sabía que Álex disfrutaba mucho con él, eso se le notaba, el sexo era increíble, y si el sexo funciona en una pareja la mitad del camino ya está hecho, además podían hablar y eran relativamente compatibles en gustos, ¿entonces qué? ¿La mudanza de piso? Eso tampoco le parecía muy lógico.

¿Cuál era la historia que hacía a Álex ser siempre tan hermético? Nunca le contó nada a Juan de su pasado, presente o aspiraciones futuras, nunca supo cuáles eran los verdaderos sentimientos de un Álex duro como una roca, pero que quizá tenía más grietas que las que él mismo querría reconocer.

## VII

El repentino ruido del timbre del teléfono terminó de despertar a Juan, era más tarde de lo que pensaba, ya casi la hora de comer. «Debo de haberme quedado dormido más tiempo de lo que creía», pensó mientras se frotaba la cara con las manos. Era extraño, después de lo ocurrido la noche anterior él creía que no iba a poder dormir. Con una lentitud pasmosa se incorporó en el sofá donde se había quedado dormido y descolgó el teléfono.

—¿Sí? ¿Quién es? —dijo aún con voz de estar medio dormido.

—Juan, soy Pedro, ¿aún estás durmiendo? Seguro que saliste ayer... bueno, no me lo cuentes, que te llamaba para quedar después de comer para tomar un café y eso, tengo una sorpresa —Pedro parecía bastante excitado.

—Pues no tengo el cuerpo para sorpresas ahora mismo, espero que sea agradable —Juan estaba molido, era como si no hubiese dormido.

—Va a venir el hombre que te dije, el que conocí en Barcelona —Pedro se empezó a mostrar condescendiente—. Quiero que le conozcas.

—Ah, es eso, bueno, como quieras, ¿dónde y cuándo? —dijo Juan sin darle mucha importancia al asunto, al contrario que Pedro con su cascada de entusiasmos.

—¿Qué te parece en Mamá Inés a las cinco?

—Ya estoy harto del Mamá Inés, siempre vamos ahí, podríamos cambiar un poco, que nos repetimos más que las reposiciones de *Verano Azul*, no me apetece ir a un sitio de ambiente, vamos al Café Gijón mejor. —El recuerdo del Mamá Inés aún le perseguía.

—Allí sólo van viejos y maricas finas, Juan, o las dos cosas a la vez —protestó Pedro.

—Mejor, así tu ligue se sentirá como en casa —le espetó Juan, que iría al mismo infierno antes que volver al café donde Álex le dejó.

—Espero que no sueltes ese tipo de bromas delante de él, Juan... que me lo espantas.

—No te preocupes —Juan sonreía ante la ingenua preocupación de Pedro—. Venga, nos vemos allí.

Con la llamada terminó de desperezarse, una buena ducha fría sería lo mejor para terminar de despertarse y lavarse las lágrimas resacas de la noche anterior. Sin embargo, para sorpresa suya, estaba muy tranquilo, más sereno que unas horas antes, y ya no sufría un dolor tan agudo como antes de echarse a dormir. El dolor seguía dentro, sí, pero era un dolor menos profundo y nervioso, como una herida que duele pero que llevas contigo tanto tiempo que te has acabado por acostumbrar al dolor que produce. Y es que, si algo estaba claro, era que Álex ya no existiría más, nunca más volvería a formar parte de su vida excepto en su recuerdo. La conversación de la

anoche anterior se lo confirmó y eso, en cierta medida, era un alivio, ahora que todo se había acabado definitivamente, podía romper sus cadenas con el pasado, ahora la herida, aunque aún abierta, podía cicatrizar.

La incertidumbre es la mayor tortura, porque no sólo te produce dolor, sino además nervios que te hacen imaginar cosas que pueden no ser ciertas, te inventas tus propias mentiras y te las crees, nunca estás seguro de nada y al final acabas como el perro del hortelano, ni comes ni dejas comer. Pero, como bien dice una canción de The Corrs, «ya no hay nada más que decir y lo gracioso es que estoy tranquilo, porque el poder ya no lo tengo yo y ahora sólo lo dejo volar. Y quién sabe si me sentiré mejor si no lo intento y no lo espero...».

Juan apagó la radio, *What can I do* no era precisamente la canción que quería escuchar en ese momento, a pesar de que le iba muy bien en su situación actual.

Escarbando en el congelador de la nevera buscó algo que comer antes de preparar para irse, y encontró uno de esos salteados de arroz y verduras que tanto anuncian por televisión. La nevera de la casa de Juan era la de un auténtico yuppie: una nevera enorme, de dos puertas, con un congelador inmenso abarrotado hasta los topes, ideal para alguien que no quiere cocinar, todo lleno de productos precocinados, fáciles y rápidos, para hacer en un momento. Juan pensó que una auténtica invasión de comida congelada se había introducido en sus vidas aparentemente para no irse jamás, y en esta nueva vida, «¿dónde quedan las croquetas de la abuela que tanto se echan de menos?», pensó Juan. «El paso de los años y el cambio en las costumbres no se nota en el día a día, pero es implacable y llega cuando uno no se da cuenta». Después de comer, Juan se vistió y salió a la calle intentando animarse por el camino.

La tarde no era muy agradable, ya se notaba que el verano empezaba a quedar atrás y densos nubarrones anunciaban la llegada del invierno. En Madrid casi no existe ni la primavera ni el otoño, como tantas otras cosas en esta ciudad, el tiempo es muy radical, pasando rápidamente del frío al calor, sin términos medios, reflejando en el clima de la urbe la mentalidad de sus gentes.

El Café Gijón es todo un clásico, un tranquilo café en el mismo paseo de Recoletos, aunque no tiene mucho más de especial aparte del nombre, pues la decoración es sosa y no es un sitio muy llamativo, aunque sí un buen lugar para mantener una tertulia. Cuando Juan llegó, después de salir apresuradamente de casa, habían empezado a caer algunas gotas, preludio de que pronto se iba a poner a llover. Pedro lo estaba esperando en una de las mesas del fondo, contra la pared, y solo. Juan fue a sentarse junto a su amigo.

—Hola Pedrito, ¿qué hay?

—Hola Juan, ¿qué te ha pasado? Tienes una cara horrible, como si no hubieras dormido bien —Pedro arrugó la cara mientras sorbía la pajita de su bebida, le parecía extraño que Juan se descuidara.

—Déjalo, no hablemos de eso, por cierto, ¿no me ibas a presentar a ese famoso viejecito encantador que te gustaba tanto? —Era mejor ignorar ciertos comentarios.

—Cómo te pasas, Juan —Pedro dejó de sorber y señaló a su amigo mientras le sermoneaba—. Tú también tendrás cuarenta años algún día, y espero que no te consideres viejo entonces, porque si lo haces, estarás acabado.

—¡Bah! A este paso me parece que ni siquiera voy a llegar sano a los treinta, pero no me has contestado, ¿dónde está?

—Viene ahora, en un rato, me ha dicho que tenía que ir a dejar unas cosas a su casa.

—Seguro que ha ido a darle un besito a su mujer y a su hijita. Si no te cuenta nada es que está casado, fijo —se burló Juan.

—Pues con la suerte que tengo, no me extrañaría, pero mirándolo de otra forma, el hacerlo con un heterosexual también tiene su morbo, jejeje —«O quizá no tanto», pensó recordando experiencias pasadas.

Y siguieron charlando como hacían siempre, sin parar de hablar, perdiéndose en temas interminables, saltando de una conversación a otra durante más de media hora, cuando se dieron cuenta del paso del tiempo, Pedro empezó a preocuparse, su ligue no venía.

Juan también estaba nervioso, pero no por eso, sentía un extraño hormigueo en el cuerpo que no podía explicar, como la premonición de algo importante. Al final no pudo aguantar más y decidió ir al baño.

—Oye Juan, que en los aseos de este café sólo vas a encontrar momias de las que no te gustan, aquí no vas a ligar con jovencitos salidos —dijo Pedro intentando detenerle, pues no quería quedarse solo.

—¡Quién sabe! A estas alturas ya casi me da igual que tengan veinte que cuarenta, todos están igual de locos, voy al baño, vuelvo enseguida.

Cuando Juan desapareció por la puerta del lavabo entró un hombre en el café, mayor, de unos cuarenta y cinco años, pero bastante atractivo, alto y moreno. Con paso confiado y mirada firme recorrió el café con la vista y cuando vio a Pedro en una mesa sonrió ampliamente. Se sentó junto a él y empezaron a hablar, Pedro le recriminó por llegar tarde y el hombre, a pesar de ser mucho mayor, casi parecía intimidado por el joven, pero era sólo ficticio, en realidad se notaba que le tenía un cariño muy especial.

Juan se dirigía hacia el lavabo pensando en la última frase que le había dicho a Pedro, nunca imaginó que diría algo así, siempre se había preguntado qué podían buscar los maduros en un joven, quizá era más fácil entender qué podía buscar un joven en un maduro: seguridad, estabilidad; en este juego de los roles, cuando la diferencia de edad es importante, se definen de forma más clara los papeles a tomar. Juan sabía que si un maduro quiere tener éxito con jovencitos sabe que eso supone

algún tipo de desgaste, físico o monetario; o eres un hombre maduro pero bien cuidado, con cuerpo de gimnasio o cara agraciada y buena labia para camelar niñatos, o asumes el papel de protector que invita a su joven pareja a comer, a llevarle a algún sitio, a hacerle regalos. De cualquiera de las dos formas, las relaciones entre personas de edad tan distinta suelen ser un poco interesadas al principio, claro que también peso: «¿Qué relación no lo es en sus comienzos?».

Pero lo que Juan sabía era que las relaciones de edades diferentes suelen ser aún menos estables que las de edades similares en el mundo gay, y eso era lo que acababa haciendo daño a Pedro. Por eso volvió a su primera pregunta: si un joven busca estabilidad en un maduro, ¿qué es lo que busca un maduro en un joven? Quizás sea una mera atracción física por la juventud ya perdida, por la vitalidad añorada. Juan no creía en los complejos del Dr. Freud ni en esas chorradas de verse reflejado uno mismo en otra persona y cosas así. Él tendía a pensar que las cosas son siempre más sencillas de lo que parecen, esa frase de que, en igualdad de condiciones, la explicación más sencilla es la más probable, escondía una gran verdad para él. Así tal vez lo que buscaba un maduro fuera simplemente morbo, pero también era cierto que muchas veces se encariñaban con sus ligues más jóvenes, con lo que toda la explicación no se resumía sólo en el papel sexual. Hay algo más, lo había visto muchas veces con Pedro. Quizá una necesidad emotiva de querer a alguien, de cuidar de alguien, de que alguien se sienta protegido por ti y te aprecie por ello, que pueda aprender de ti, de lo que has vivido. El mundo real era muy cruel y todos buscaban de una forma u otra cierto reconocimiento que ayudase a superar la falta de cariño y subiese la autoestima. En un mundo tan agresivo como el gay, la búsqueda del cariño sincero se convierte en una búsqueda interminable y difícil, pero nunca imposible, o al menos, eso esperaba Juan con resignación y manteniendo cierta esperanza.

A Pedro sus ligues no le habían durado mucho, fuera por él o por el otro, el caso es que nunca había conseguido superar el trimestre con nadie, había tenido mala suerte, incluso se había liado con hombres que estaban casados sin que él lo supiera y se había llevado muchas decepciones, lección dura pero real que enseña ligar por Internet, donde todo no es más que un desfile de máscaras. Pedro y su ligue, empezaron a charlar animadamente y, teniendo en cuenta que Pedro era un auténtico loro, eso suponía casi un monólogo. Pero a su pareja no le importaba, al contrario, le encantaba ver tanta vitalidad en un chico joven, que nunca descansaba, que siempre tenía algo que comentar, y que hablaba de todo y de nada en concreto. Era imposible aburrirse con él.

Mientras, Juan en el lavabo estaba algo cansado, «no tenía que haber salido hoy, estoy hecho un asco», pensó mientras se miraba al espejo, ¿será posible que incluso los disgustos y las decepciones acaben pasando factura en el físico? O quizá sólo se lo parecía a él, el caso era que no se veía como antes, seguía siendo Juan, el chico

alto, guapo y fuerte, pero le faltaba algo, esa confianza y seguridad de antes, un gigante con pies de barro, que seguramente se volverían a secar y endurecer con el tiempo y volverían a ser duros e impenetrables como una roca, pero que seguirían siendo de barro para siempre, y quien supiera mojarlos y ablandarlos dominaría de nuevo la voluntad de Juan.

Remojándose un poco la cara con agua del lavabo, se miró una vez más al espejo, cerró durante unos segundos los ojos y exhaló un profundo suspiro, como si con el aire que expulsaba quisiera echar el recuerdo de Álex también lejos de sí, y en cierto modo así fue: de repente se encontró sereno, tranquilo y en paz consigo mismo. No hay herida que el tiempo no cure y poco a poco Juan iba recobrando la calma. Pensando en todas las tonterías que había hecho y dicho con Álex sonrió, pero no por nostalgia y tristeza sino como una amable burla de sí mismo, «de todo se aprende», le dijo una vez a Álex y de esto también aprendería Juan. Al salir del baño recordó la coletilla final de esa frase que le dijo en su momento a su niño rubio «aunque no todos lo consiguen»...

El café se había ido quedando vacío, ya había empezado a llover, y las gotas de agua caían abundante y fuertemente fuera del local, lo cual no inspiraba a la gente a salir a tomar algo fuera. Además, la oscuridad de las nubes había obligado a encender unas luces tenues y todo ello daba al café un aspecto más oscuro.

Juan vio a Pedro sentado a la mesa en la que le había dejado antes de irse al baño y vio que había alguien con él. No podía verle bien, ya que estaba de espaldas, aunque la silueta insinuaba que se trataba de alguien bastante alto y fornido. «Puff, otro ligue musculoca cuarentón de Pedro», empezó a pensar Juan y lentamente se encaminó hacia la mesa.

Pedro no se dio cuenta de que Juan se estaba acercando hasta casi en el momento en que llegaba y avisando a su compañero, le dijo que ya volvía su amigo y que quería presentárselo. Cuando el compañero de Pedro volvió la cabeza para saludar a su amigo, su rostro perdió inmediatamente el color, adquiriendo una palidez extrema y un gesto de entre asombro y pánico. La mirada de Juan no fue menos reveladora, al principio no se había dado cuenta porque aquel hombre estaba de espaldas, pero ahora que podía ver su cara todo cobró sentido para él y, de repente, un torbellino de sentimientos azotó todo su ser: furia, incredulidad, miedo, asombro... No sabía si reír o ponerse a gritar.

—¿¿Tú?? ¡¡No puede ser!! —consiguió al fin gritar Juan.

—Ho-hola Juan... —Óscar, el ligue de Pedro, no podía decir más, estaba paralizado.

Pedro había estado observando toda la situación con curiosidad, le resultaba todo muy extraño.

—¿Os conocéis? —preguntó al fin.

—¡Joder! ¡Pues, claro que nos conocemos! ¡¡Este es mi padre!! —gritó Juan, que ya empezaba a mostrarse más colérico.

De pronto Pedro lo entendió y se sumó a la conmoción general que invadía al pequeño grupo. Ahora sí que no sabía qué decir, ninguno decía nada, todos esperando que el torbellino de pensamientos de sus cabezas se calmara un poco para poder recuperar el control. Al fin, tuvo que ser Óscar, el padre de Juan, quien tomó las riendas de la situación.

—Siéntate, Juan, por favor, y no grites, tenemos que hablar, pero por favor no montes un espectáculo.

Juan aceptó a regañadientes, su padre tenía razón, no servía de nada escandalizar a las pocas personas que quedaban en el local, y aún quería enterarse de muchas cosas.

—Siento que te enteraras de esta forma, Juan, yo tampoco tenía idea de que Pedro era amigo tuyo —comenzó Óscar.

—¿Y cómo piensas que me iba a enterar? ¿Acaso me lo hubieras contado si no estuviera pasando todo esto? —Juan estaba furioso.

—Para mí es algo muy reciente, no te miento al decirte que Pedro ha sido mi primera experiencia con un chico —Óscar tragaba saliva procurando elegir cuidadosamente las palabras que tenía que decir— intenté hablar contigo estos días pero no parecías escuchar a nadie.

—Yo también tengo mis problemas —dijo Juan mientras apartaba la vista de su padre, avergonzado.

—Todos los tenemos, pero yo soy tu padre, Juan, debes confiar en mí.

—¡¡Buen momento para hablar de confianza!! —Juan volvía a perder el control—. Te enrollas con mi mejor amigo y aún tienes cara para hablarme de confiar el uno en el otro.

—Pedro tampoco sabía nada, ha sido todo casual.

—¿Casual? —interrumpió Pedro—. ¿Y cuándo coño pensabas contármelo a mí? No ya que fuera Juan, sino simplemente que tenías un hijo. ¡¡Me dijiste que estabas soltero!!

—Soy viudo, Pedro.

—¡¡Ni se te ocurra hablar de mamá en estos momentos, cabronazo!! —le espetó Juan.

La conversación era muy tensa, Pedro se hundió y con la cabeza baja no paraba de repetir «qué fuerte, qué fuerte», mientras pensaba en qué pasaría a partir de ese momento. Podía perder no sólo el ligue, lo cual ya no importaba a estas alturas, sino a su mejor amigo, y esa idea le asustó como nunca antes lo había hecho, tuvo miedo de quedarse solo.

Así se quedaron los tres durante un buen rato, en silencio y apurando poco a poco

las bebidas que uno de los camareros les había traído. Finalmente empezaron a hablar de nuevo, al principio de temas sin importancia, convencidos de que distrayendo su atención del tema principal harían que este desapareciese, aunque en realidad lo único que hacía, era ocultarlo tras una fina y frágil capa de falso olvido.

Juan y su padre, Óscar, volvieron juntos a casa, mientras que Pedro se fue a la suya.

En el coche de Óscar el silencio era aún más intenso que en el café, sólo el martilleo incesante de las gotas de lluvia rompía la tensión que había inundado el viaje de regreso a la casa de ambos. El camino, a pesar de ser corto, se hizo interminable.

Mientras, Juan empezó a pensar, al principio en lo extraño de la situación, en su padre, pero sus emociones desatadas liberaron de nuevo el recuerdo de Álex. Sus pensamientos saltaban de uno a otro sin detenerse en nadie en concreto, haciendo que poco a poco surgiera la autocompasión, y de esa lástima hacia sí mismo empezó a surgir un pensamiento más extraño en medio de aquella situación, Juan se sorprendió empezando a temer el futuro incierto que le esperaba a partir de ese momento.



## VIII

La casa parecía un mausoleo, había dos personas en ella, el padre y el hijo, pero el silencio en el que estaban y la inexpresividad de sus rostros los hacían parecer más bien estatuas de sal que personas reales.

Finalmente y en medio de la cena volvieron a hablar, al principio con meras frases cotidianas del tipo «pásame el agua» y cosas así, pero poco a poco pasaron a temas más importantes de los que, en realidad, los dos estaban deseando hablar aunque no lo confesaran.

—¿Desde cuándo lo sabías? —preguntó Juan, rompiendo el hielo.

—¿Saber qué?, ¿que me gustan los chicos? —contestó Óscar, a lo que Juan respondió con un movimiento afirmativo de la cabeza—. Supongo que desde siempre, como casi todos, aunque era algo a lo que nunca le di importancia, yo estaba enamorado de tu madre y realmente quería tener una familia, pero cuando ella murió no pude seguir ocultándome más la verdad a mí mismo, las otras mujeres no me atraían, pues no tenía con ellas el vínculo sentimental que me unía a tu madre y sexualmente no me llenaban, así que intenté conocer a algún chico... —Óscar hizo una pausa para observar la reacción de Juan y, ante su mirada curiosa, decidió continuar su historia—. Al principio intenté hablar con otros hombres en mi misma situación, casados o con hijos, incluso conocí a uno que ahora es un buen amigo mío, Julio, pero nunca llegamos a nada, finalmente me fijé en los chicos más jóvenes, y en Barcelona conocí a Pedro, que ha sido mi primera experiencia.

—Realmente el asunto me duele más por Pedro que por ti, yo no soy quién para juzgarte por lo que eres, igual que espero que nadie me juzgue a mí —Juan tragaba saliva para quitarse el nudo de la garganta—. Pero no me gusta que juegues con los sentimientos de alguien que me importa mucho —dijo al fin.

—Tienes razón, pero yo no sabía que era amigo tuyo, y él parecía tan feliz... los dos estábamos muy bien juntos.

—No creo que pudiera aguantar la situación de que mi padre se liara con mi mejor amigo —dijo Juan en apenas un susurro.

—En eso estamos de acuerdo los dos, y de hecho me parece que hoy se ha terminado esa relación. Ahora lo importante es que esto no nos afecte a nosotros, eso es importante para mí, eres mi hijo.

—Eso no me preocupa, ya te he dicho que yo no te voy a juzgar, no hay nada que temer por esa parte, es sólo que... bueno, estos días estoy un poco descontrolado... nada más.

—Lo suponía, me gustaría que me contaras qué es lo que te ha pasado, Juan, pareces tan cambiado, siempre has sido un chico muy seguro de ti mismo.

El recuerdo de la imagen que Juan ofrecía al mundo sobre cómo era, apareció

enseguida en la mente de ambos, pero con consecuencias diferentes. Para Óscar fue un recuerdo agradable sobre alguien a quien siempre había querido e incluso admirado por hacer cosas que él no se atrevió a hacer en su momento, pero para Juan fue el doloroso recuerdo de algo que había perdido y le había empujado hacia otra forma de pensar que no era mejor ni peor, sino simplemente diferente, con añoranza del pasado y con multitud de imágenes atormentando su cabeza: Álex, Pedro, su padre, él mismo, los numerosos ligues pasados e ignorados sobre chicos que realmente valían la pena, su madre..., todo se fue mezclando y cuando se quiso dar cuenta ya tenía los ojos enrojecidos.

Óscar se dio cuenta de la situación y rápidamente se levantó, recogió la mesa y trajo unas cervezas con la esperanza de que el alcohol levantara el ánimo a su hijo y le hiciera hablar con más facilidad.

Y funcionó.

El alcohol puede ser un gran desinhibidor para lo bueno y para lo malo, el problema es que muchas personas no saben controlarse cuando están algo subidas de tono y, más que divertirse, acaban estropeando la diversión a los demás.

Juan le contó a su padre la historia de Álex, y este fue bastante comprensivo. Pero Óscar no pudo evitar inundarle con consejos paternalistas del tipo «ya se te pasará», cosa que Juan no necesitaba que le dijeran, porque ya lo sabía.

—Eso no es amor, Juan, simplemente estás encaprichado con Álex porque te gusta mucho y te obsesionas demasiado.

—Estoy seguro de que tienes razón, pero aun así el mal rato no me lo quita nadie, nunca me había encaprichado de nadie así.

—¿Cuántos te habían dejado a ti antes?

—Pocos, la verdad —Juan terminó la lata de cerveza y la dejó sobre la mesa.

—¿Y a cuántos habías dejado tú?

—A muchos más —suspiró, cerrando los ojos.

—Ahí está el secreto del asunto, nos pasa a todos, siempre nos vamos a colgar justo de los que no se cuelgan de nosotros, cuando tenemos a alguien interesado en nosotros perdemos el interés, esto le ocurre sobre todo a espíritus cazadores como el tuyo a los que no les gusta que se lo den todo hecho.

—Ya, pero hay algo más, el cambio de Álex ha sido muy repentino, me resulta muy extraño que no me diera ninguna explicación.

—No la busques Juan, podrías hacerte aún más daño, deja las cosas como están.

Juan ya no sabía si era amor, le resultaba muy diferente a como siempre había oído hablar de él, penso que si el amor es, como dice la leyenda, las flechas que lanza Cupido, a los gays, en vez de dispararles al corazón, les disparaba en el culo. El que más y el que menos se había «encoñado» literalmente con alguien, Pedro tantas veces, y ahora él mismo. No porque uno creyera que el otro es una persona

maravillosa, sino sólo porque una mera atracción física podía derivar luego hacia una forma de devoción más profunda pero frágil. El mundo gay era un mundo necesitado de relaciones profundas, y aunque las hubiera, no era fácil encontrarlas, así le parecía a Juan en su nueva visión de la realidad. Quizá sea que los gays se sienten muchas veces más solos que el resto de la gente ya que una «diferencia», que sólo debería ser sexual, muchas veces acaba afectando de una forma más profunda la personalidad de cada uno. El mundo gay necesitaba auténtica autoconfianza más allá de desfiles y plumas. La búsqueda competitiva les lleva a obsesionarse a veces con algunas cosas, o con algunas personas. Con Álex, con Pedro.

El sueño empezaba a vencer ya a Óscar y a Juan, eran las tres de la madrugada y se habían bebido todas las cervezas que quedaban en la nevera. Medio adormilados, veían un programa petardo en la televisión, tirados en el sofá. El calor del alcohol había soltado antes la lengua de Juan, pero no había acabado con ese extraño sentimiento que tenía dentro de sí. El miedo al cambio. Necesitaba hablar con Pedro, saber que las cosas seguirían como siempre, recuperar parte de su vida y personalidad perdidas. Finalmente, viendo el estado de concentración de su hijo, y lo mucho que daba vueltas a su remolino interior, su padre pensó que lo mejor era acostarse y dormir, pues la almohada es una de las consejeras más sabias que existen.

—Deberías acostarte Juan, mañana hablaremos. Cuando despiertes, el miedo habrá desaparecido y te darás cuenta de que nada ha cambiado.

—Sí —pensó Juan—, algo ha cambiado, y nunca volverá a ser igual: yo mismo.

## **El buen consejo**

Si la sorpresa puede hacer tambalearse nuestra autoconfianza y romper nuestros esquemas, más peligrosa aún resulta la falsa confianza en uno mismo que surge, no de una verdad que creemos eterna e inamovible, sino de una mentira protegida por una coraza de soberbia y orgullo que intenta separarnos de la realidad.

Esa armadura de acero en apariencia, y de latón en realidad, es tan frágil que acaba resultando pequeña cuando llegan los auténticos problemas, problemas muchas veces anticipados por otros, aunque los avisos de los demás a menudo son tapados por el propio orgullo.

## I

El verano en la meseta es algo insoportable, más parecido al del desierto sahariano que a otra cosa: 40 grados a la sombra y un calor seco que evapora toda la humedad del aire y que se hace agobiante al mediodía. El campo en diferentes tonos de dorado y el olor a hierba seca inundan el ambiente, sólo las sombras y el agua alivian un poco tal molestia.

Así es el verano en el pequeño pueblo de Extremadura donde vivía Álex.

De familia humilde pero orgullosa, como es la gente de los pueblos, Álex se sentía más agobiado por la familia que por el intenso calor del verano. Fieles a sus tradiciones, tenía una larga lista de familiares, algunos con fincas, ganaderos o granjeros, que eran muy amigos de los cotilleos y estaban pendientes unos de otros, ¿cómo podía ser de otro modo? Ya había cumplido dieciocho años, y desde hacía algún tiempo había empezado el bombardeo de preguntas sobre cuándo iba a tener novia y a casarse; a lo que Álex siempre contestaba con evasivas y sonrisas forzadas. Su madre, diplomática como sólo las madres saben (y quieren) ser a veces, contestaba que su hijo aún era demasiado joven para eso, que antes tenía que estudiar. Una mentira piadosa, la de los estudios, todos sabían que Álex no valía para eso, que siempre había sido mediocre con los libros. ¿Y qué? Álex jamás iba a encontrar en ellos nada que le sirviera de verdad. Sus únicas aspiraciones eran salir de la mediocridad de vida que llevaba en aquellos momentos y escapar... de la familia y del pueblo. Y vivir su naciente y abierta sexualidad, diferente a la establecida por la sociedad, una sociedad rural, mucho más abierta que la de antaño, pero que nunca le aceptaría y de la que él no quería formar parte.

Su esperanza había sido poder irse a estudiar a Madrid y así salir del pueblo. Álex apenas conocía nada, Badajoz y otras pocas ciudades extremeñas eran los únicos sitios a los que había ido. Su familia, especialmente su padre, siempre estaba ocupada en el campo y no parecía tener ningún interés en conocer otros sitios, todo lo contrario que él, pero ni con un objetivo tan ambicioso y ese deseo tan fuerte consiguió centrarse en los estudios, él no valía para eso, su rebeldía y desidia por todo y todos le impedía concentrarse en cualquier cosa que no fuera de su interés. Agotada la vía de los estudios y rechazada la del servicio militar, no quedaban muchas posibilidades, por lo que iba quemándose lentamente por dentro y haciendo que la situación en su casa fuera cada vez más tensa.

La vida en el pueblo no ayudaba mucho, y su creciente e imparable deseo sexual se iba acumulando poco a poco, esperando para explotar. Sus pequeñas escapadas a Badajoz, único lugar al que se podía evadir con cierta frecuencia sin temor a recriminaciones de su padre, se hicieron más frecuentes. Sus padres le regalaron un teléfono móvil, pero nunca lo sacó de casa. Para Álex representaba un control que

querían ejercer sobre él, así prefería estar incomunicado a recibir llamadas continuas de su madre preguntándole dónde estaba y las órdenes de su padre de volver a casa. Fue en esas escapadas donde descubrió que había un mundo real, el que le mostraba la televisión. Él no podía vivir en el agobiante ambiente familiar de su casa, su deseo de romper con todo era cada vez más fuerte y sus padres empezaron a ver cómo su hijo se iba distanciando de ellos.

Las peleas se volvieron continuas, en especial con su padre, la falta de amigos en el pueblo le hacía más agobiante estar allí. Los chavales del pueblo le parecían unos catetos isulsos sin ningún interés sobre todo cuando, al crecer, vio qué sus inquietudes eran muy diferentes a las de ellos.

Un día, después de una intensa pelea con su padre, su madre intentó tranquilizarlo.

—Álex, hay que hacer algo, esto no puede seguir así, tu padre y tú os peleáis continuamente... y yo sufro mucho viéndolo —dijo su madre entre suspiros.

—¿Y qué quieres que haga? Es él, que no me deja vivir, él y este maldito pueblo... —contestaba con rabia.

—Deberías adaptarte a lo que te ha tocado vivir, hay sitios peores; si intentaras mirarlo bien seguro que verías las cosas mejor, tampoco vivimos fuera de la civilización.

—¡Sí, claro!, ¡hay sitios peores! —gritaba—. Como el África negra o Afganistán, menudo consuelo, vivo en un desierto y me animas diciendo que al menos no paso frío como en la Antártida. —A Álex le irritaban los comentarios de su madre cada vez con más frecuencia.

—No me refería sólo al pueblo, me refería a ti y a mí, y a tu padre y a todos los que te rodean, eso debe significar algo para ti.

—Cada vez menos —replicó él de forma sincera.

—¡Álex! Por favor, no me digas eso, sabes que soy muy débil para estas cosas.

—Y yo lo soy para otras, pero parece que eso nunca os ha importado, siempre con mi vida planificada hasta el infinito, haz esto, haz lo otro, pues eso se acabó, ¿me entiendes? Quiero vivir mi propia vida, y sin vosotros.

Su madre le miró con sincero aprecio y tristeza.

—Eso llegará en su momento —dijo al fin.

—Ese momento ya ha llegado —respondió él rápidamente—, pienso irme de aquí.

—¿Qué? ¿Y a dónde vas a ir tú solo?

—A Madrid, claro, no me voy a ir de casa únicamente para caer en otro pueblo de mala muerte.

—¿Y de qué vas a vivir tú en Madrid? —dijo ella sorprendida.

—De lo que sea, eso es lo de menos, lo importante es salir de aquí.

—¿Y te vas a ir a vivir solo? Sin dinero, sin trabajo. ¡A saber con qué compañías terminas! ¡No! No te dejaré —ahora estaba realmente preocupada.

—Intenta impedírmelo. —La retó él con soberbia.

La madre de Álex sabía que no había nada que hacer, era una situación largamente anticipada. Siempre supo que su hijo nunca se quedaría en el pueblo pero, como les pasa a todas las madres, el toro la pilló por sorpresa. Siempre vio a su hijo como aquel pequeño al que tanto cuidó en su infancia, y no se había dado cuenta de que, con los años, ese niño había dejado de serlo hacía tiempo, que tenía su propia personalidad y aspiraciones ya formadas y que se acabaría rebelando.

Álex había ahorrado algún dinero en secreto, no mucho, pero el suficiente como para inflar la ilusión de poder marcharse de casa.

Cuando Álex y su madre dieron la noticia de que éste se iba a vivir a Madrid, nadie se sorprendió ni mostró el más mínimo interés, no hubo intentos de amigos o familiares para impedir que se fuera, todo el mundo permaneció indiferente, sólo su madre mostraba un sincero pesar por la marcha de su hijo. Su padre, frío como siempre con él, tuvo el único gesto de darle algo de dinero, que Álex rechazó. «Seré pobre, sí, pero con orgullo» pensaba para sí. La falta de interés de todos ante su marcha le abrió aún más los ojos y le demostró que realmente no dejaba nada atrás, nada que le interesara, nadie a quien él interesara. Sólo su madre le ayudó a hacer la maleta y acompañarle a la para del autobús, nadie más.

Hacía tiempo había visto una película cuya banda sonora le pareció muy apropiada para el momento. Como en la canción de Mama Cass, *One way ticket*, Álex se identificaba plenamente con la letra, y así se lo expresó a su madre, cantando el estribillo en voz alta.

—Nunca pensé que tantos me quisieran, seguro que seré feliz en cualquier sitio menos aquí —tarareó mientras veía la soledad de su despedida y la mirada pensativa de su madre.

—No digas eso Álex, todos sentimos que te vayas tan pronto, tu padre no ha podido venir porque tiene que ir a ver al señor Sancho, ya lo sabes. —Su madre intentaba aparentar tranquilidad—. Hace días que no os hablaís, espero que la próxima vez estéis más calmados.

—Sí, ya lo sé, son más importantes los negocios que el único hijo que tiene, ¿y qué? El sentimiento es mutuo... —Álex no apartaba la vista del suelo mientras caminaba con paso firme.

Su madre procuraba mantener la sonrisa como podía, ignorando comentarios hirientes. Aunque Madrid no estaba lejos, ella sabía en lo más profundo de su corazón que su hijo no deseaba volver jamás al pueblo, y le preocupaba que su indiferencia se transformara en olvido hacia ella. Por eso intentaba hacer un último esfuerzo mostrarle que le quería, para que la recordara y pudiera volver a verlo.

Se detuvieron cerca de la parada del autobús de Madrid, los nervios consumían por dentro a la madre de Álex, consciente de que eran los últimos momentos en los que vería a su hijo si éste la olvidaba.

—Bueno... yo te quiero mucho Álex, quizá no lo he sabido mostrar bien muchas veces pero... en fin, quiero que me llames cuando llegues a Madrid y que me digas dónde estás, si estás bien y todo eso —empezó a decir ella nerviosa—. Si necesitas dinero o ayuda, dímelo e iré a Madrid por ti. También espero que vengas a vernos de vez en cuando, por favor.

—Sí claro, lo haré —dijo él sin mucha convicción.

—Toma, aquí en este papel te he apuntado los teléfonos y las direcciones para que no se te olviden, por favor, acuérdate de mí. —Su madre le cogía la mano cariñosamente, lo que no hacía más que exasperar a un impaciente Álex.

—Que siií —Álex empezaba a irritarse, y sin embargo su madre no podía despedirse de una forma tan fría, era su único hijo el que se marchaba, y sospechaba que quizá para siempre.

—Y recuerda un consejo hijo, no te escondas tras una coraza, tienes que ser como en realidad eres, si el mundo te trata mal no trates mal al mundo, o el golpe lo recibirás tú mismo dos veces; mantén la ilusión y nunca pierdas la esperanza —le dijo con auténtico cariño en sus ojos, aunque siempre manteniendo la forma en los gestos.

Despidiéndose con un beso, Álex subió al autobús, cargado sólo con una pequeña maleta, que más parecía una bolsa de deportes, con las pocas cosas que quería conservar de su vida anterior, y dejó atrás el pueblo y a su familia, deseoso de empezar algo nuevo.

Su madre permanecía impassible, como siempre, algo fría y distante, aunque consumiéndose por dentro. Pero las llamas interiores son más difíciles de ver para alguien que tiene el corazón ciego, nublado por las propias aspiraciones, y Álex no supo ver al marcharse la pequeña y tímida lágrima que cayó de los ojos de su madre.

Rápidamente la apartó de su mejilla, «¿Por qué me costará tanto llorar, y por qué no he sabido gritarle que no se fuera?», pensó ella; demasiado tiempo siendo insensible la había endurecido, el amor frío de un marido, la indiferencia de un hijo y la dureza de la tierra la habían vuelto inexpresiva para los sentimientos, pero aún confiaba en que Álex se diera cuenta y pensando que otro día las cosas mejorarían, se dio la vuelta, confiando en poder olvidar el dolor.

Mientras tanto Álex en el autobús sólo pensaba en sí mismo y en lo que le esperaba en su nueva vida, haciendo planes y preparando en su mente un futuro prometedor, «Trabajo, casa y novio, por este orden», pensó.

Y decidiendo que quería romper totalmente con su pasado se hizo la promesa de no contárselo a nadie y de evitar volver siquiera a pensar en él; jamás volvería a



Extremadura, jamás volvería al campo y, finalmente, casi sin darse cuenta, acabó rompiendo el papel con los teléfonos y direcciones escritos por su madre.

## II

El ensordecedor ruido de la bocina de un coche despertó a Álex del intranquilo sueño en el que había caído agotado tras la salida del pueblo. La autovía de Extremadura iba teniendo más y más tráfico a medida que se acercaban a Madrid, Talavera ya estaba lejos y se notaba la cercanía de Móstoles y el cinturón urbano que forman las grandes ciudades del sur de la capital, casi como un Madrid pequeño y sin centro, dividido en islas de asfalto y grandes bloques de pisos.

Finalmente, y tras unos desvíos, el autobús llegó a su destino. Después de recoger su equipaje del maletero Álex se dirigió al interior de la gran estación de autobuses en busca de un kiosco y una cafetería, el primero le proporcionaría un periódico, el segundo unos momentos de relax para leerlo.

Mientras lo leía pensó que *Segundamano* y los periódicos similares deberían tener el mismo eslogan que los grandes centros comerciales, «tenemos todo lo que puedas necesitar». En los periódicos de este tipo puedes encontrar casi cualquier cosa, desde un piso de alquiler a un ordenador antiguo, pasando por mascotas, prostitutas, juegos de mesa o incluso gente que busca con quien casarse.

«Ideal para empezar una nueva vida», pensó burlonamente Álex. Si se lo proponía, podía encontrar en el mismo periódico casa, trabajo y novio, como había planeado. Empezó por buscar lo más urgente, un alojamiento para las siguientes noches, y encontró varios anuncios de pensiones baratas en el centro. Eso le serviría para comenzar hasta encontrar un trabajo.

Siempre había pensado que las pensiones tenían mala fama, pero en realidad no eran tan horribles como las pintaban, muchas de ellas podían pasar por hoteles de varias estrellas, por lo limpias y bien decoradas, aunque es cierto que entrar en otras era como internarse en una mazmorra de torturas medievales de la Inquisición. La que Álex eligió era un término medio entre estos dos extremos, y estaba situada muy cerca de la Puerta del Sol, así que le pillaba cerca de cualquier sitio.

Nunca había estado en Madrid. Acostumbrado al limitado cerco de un pueblo, se sentía algo intimidado, no por la ciudad en sí, sino por la marea humana que formaba el ejército de gente que la abarrota, si no tenía cuidado, esa marea era capaz de arrastrarlo y tirarlo al suelo, y tendría suerte si alguien se paraba a ayudarlo. Pero la ciudad impersonal también tenía sus ventajas. Una de ellas era precisamente el anonimato, justo lo que buscaba Álex, un sitio en el que nadie le agobiase ni se metiese con su vida, un lugar donde podría hacer cualquier cosa sin que nadie le recriminase: la libertad. Se sintió como un pájaro que hubiera estado enjaulado durante tanto tiempo que tuviera que aprender de nuevo a volar y, excitado con la idea, volase sin poder parar ni un solo momento hasta que las alas le doliesen tanto que le hicieran caer rendido al suelo.

Así fueron los primeros días de libertad de Álex: explorando la ciudad, buscó ligues, contactó con las primeras personas que conoció (y olvidó) en Madrid. Y en medio de esta vorágine pasó por altolito más urgente: buscar trabajo. Los ahorros que había traído no le iban a durar para siempre, y de hecho empezaban a mermar.

Intentó remediar esa situación buscando trabajos rápidos y sencillos pero, a pesar de que conseguía algunas entrevistas, a la mayoría ni siquiera llegaba a acudir, desanimado por las malas perspectivas de casi todos los trabajos que encontraba.

Para alguien sin formación específica como Álex (e incluso aunque la hubiera tenido) encontrar un buen trabajo se convertía en una misión casi imposible. Cualquiera menor de veinticinco años podía tener como destino laboral ser explotado hasta adquirir más experiencia. Trabajar de camarero, teleoperador, dependiente o comercial, por un salario mísero, con horarios malos, trabajos estresantes y contratos de duración ridícula, eran las circunstancias habituales. A Álex le hacía gracia ver en las noticias como los políticos hablaban de crear empleo, sin confesar la ínfima calidad de los puestos. Sobre todo el de los jóvenes, que era un grupo social que no contaba con ninguna ayuda y era también el más fácilmente explotable.

Con algunos trabajos puntuales en restaurantes y sitios así, Álex consiguió un poco de dinero, lo que le permitió aguantar en la pensión durante un tiempo más. Ilusionado por la perspectiva y estresado por el tipo de ocupaciones que conseguía, decidió relajarse probando algo nuevo para él: Internet.

Para un novato como él, un *chat* resultaba un aburrimiento, un lugar donde parecía que todos se conocían y no encajaba. Era necesario ser extrovertido y soltarse un poquito hablando, así que le costó entrar en las conversaciones generales al principio, pero luego, poco a poco, empezó a hablar en privado con la gente, a tener sus primeros conocidos, y a pasar las horas sin darse cuenta. Entonces llegó la etapa más peligrosa. Internet seguía siendo caro, y no por el precio de las llamadas telefónicas que aparentemente se ha ido abaratando con los años, sino porque le robaba mucho tiempo. Al *chat* le dedicó muchas horas y hasta cierto punto le desconectaba un poco de la realidad.

Álex paró a tiempo y nunca llegó a engancharse del todo. Con una personalidad tan fría e impaciente como la suya, y viviendo ya en Madrid, Internet le parecía extremadamente lento para relacionarse. Eso no le impidió charlar con gente y tener algunos contactos habituales en las largas horas que pasó en el cibercafé de la calle Alcalá.

Entre ellos estaba Cristian, un pobre diablo que vivía en un pueblo de Navarra, tan deseoso de salir de allí como lo estuvo Álex de salir del suyo. Pero Cristian era diferente, no tenía las ideas tan claras y era mucho más inestable. Parecía increíblemente deseoso de conocer a alguien y de amarlo, una característica tan común entre los que buscan compañía en Internet, pero en él aparecía reforzada hasta

el extremo. Ese tipo de gente solía acabar dando problemas a la larga.

En Internet Álex también conoció a Ramón, el primero y tal vez el único chico por el que llegó a sentir algo pero, como suele ocurrir demasiado a menudo, también fue el único de entre todos los que conoció que no quería saber nada de él.

A pesar de todo, Álex llegó a conocer personalmente a Ramón, e incluso estuvieron un tiempo juntos. No hacían muchas cosas aparte de tener sexo de vez en cuando, pero para Álex era una experiencia sublime. Cuando se veían, todo el cuerpo del extremeño parecía despedir chispas y en la cama se quedaba en éxtasis. De Ramón, Álex aprendió muchas cosas: cómo debía actuar, qué le gustaba de verdad a la gente, a jugar con la mirada o cómo acariciar para poner a cien a alguien.

Quizá la gran experiencia de Ramón, adquirida a lo largo de varios años de cuartos oscuros y saunas, de ligues desconocidos y amantes versátiles, fue lo que le llegó al fondo. Álex quería saber y Ramón era una fuente inagotable de conocimiento sexual y social. Con él también aprendió a moverse por Madrid, pero Ramón no era el tipo de chico que te lleva a cenar por ahí y a conocer los locales de moda, a él lo único que le interesaba era el morbo. El morbo que le proporcionaban los lugares más oscuros y cutres de Madrid.

Así fue como Álex descubrió los cuartos oscuros que huelen a establos y lo parecen, en los que, cuando entra uno, pierde la condición humana, aparcada durante unos momentos (y en algunos extremos para siempre) para buscar un contacto sexual rápido y sencillo sin ataduras.

El olor era quizá lo más llamativo de estos sitios, y a Álex le sorprendió que no fueran tan oscuros como al principio pensó. La penumbra dejaba ver caras fugaces ávidas de alguna señal que les invitase a acercarse.

Habías reservados con las puertas cerradas y gente en los pasillos, los más discretos esperaban su turno para poder follar en privado, mientras que muchos otros les bastaba con el pequeño laberinto oscuro de pasillos y más pasillos que se alternaba con salas más espaciosas en las que era fácil encontrar grupos de hasta una docena de personas entremezcladas unas con otras. Olía a desinfectante, y la certeza de que la humedad del aire y de las paredes provenía no del aire acondicionado inexistente, sino del sudor y otros fluidos de los cuerpos amontonados en el lugar era absoluta.

Ese era el ambiente natural de Ramón, y en él inició a Álex, que fue poco a poco endureciéndose y perdiendo esa inocencia juvenil que aún le quedaba.

El golpe más duro llegó cuando Ramón desapareció y le dejó solo en una ciudad que percibía más vacía que nunca.

Así llegó Álex a convertirse en uno más, en una de tantas caras anónimas que adornan la ciudad masificada pero solitaria, el anonimato que siempre deseó se había adueñado de su personalidad. Se prometió a sí mismo que nadie le volvería a hacer

daño como Ramón. A partir de ese momento sería él el que jugaría con los demás, aún a costa de perderse en el intento.

### III

No todo le fue tan mal a Álex, finalmente encontró un trabajo relativamente estable, siempre que se pueda llamar «estabilidad» a los contratos trimestrales «renovables». Trabajaba de teleoperador y, aunque era una ocupación muy aburrida y estresante que le daba poco para vivir, se las apañaba. Ya no podía costearse la pensión pero, contestando a algunos anuncios llegó a compartir piso con un par de tipos.

Los había conocido por Internet, Sergio y Manuel, una pareja extraña formada por un hombre de casi cuarenta años y un chico de veintitrés. El piso era de Sergio, el mayor, pero Manuel estaba estudiando y vivía con él, lo que suponía un chollo para el niño. Vivía gratis en el centro sin pagar alquiler y el único precio que se le exigía era acostarse con el otro todas las noches, algo que tampoco parecía desagradarle. Era una relación por interés, a Manuel nunca le interesaron las personas tan mayores, pero como eran las que solían tener más dinero, sabía jugar bien sus cartas. La prueba estaba en que vivía como un rey, tenía casa, comida y hasta dinero para comprar cosas. Incluso convencía a Sergio para practicar tríos con otros jovencitos y, puesto que a este también le gustaban acabó siendo una opción de mutuo acuerdo.

En esto llegó Álex, con sus diecinueve años recién cumplidos, tan guapo y todavía tan juvenil y, sobre todo, tan necesitado de alojamiento, capaz de aceptar el extraño contrato de alquiler que le proponía esa pareja de buitres todavía más listos que él.

El precio del alquiler era ridículo, una cifra meramente simbólica para pagar pequeños gastos extra, como el agua y cosas así. El verdadero precio del alojamiento estaba en que sólo había un dormitorio, eso sí, muy grande, por el que tenía que pasar cada vez que se le antojaba a la pareja. Cosa que ocurría muy a menudo. Aunque todavía era peor cuando no les apetecía, entonces el destino de Álex era dormir en el sofá del salón.

La situación de Álex no iba a mejor. Poco a poco fue cultivando un odio interior hacia sus «compañeros de piso» y seguía pensando en su promesa de mandar el mundo a la mierda y de sobrevivir a costa de otros. De Manuel, el «niño», aprendió cómo se debe manejar a alguien para sacar beneficio económico, y que lo que otros ganaban en la calle haciendo chapas poder conseguirlo de una sola persona.

Fue así como entendió rápidamente la diferencia entre un chapero y un chico de alquiler. El primero cobra una cantidad determinada por un servicio casi siempre sexual. El segundo, por su parte, elige a sus propios clientes-víctima, solía fiel a ellos y no cobra directamente, acepta gratificaciones y regalos, lo cual a la larga le acaba reportando muchísimos más beneficios.

De vez en cuando Álex salía con Sergio y Manuel y ellos disfrutaban con eso, pues se lo presentaban a sus amigos como quien se ha comprado unos zapatos

nuevos.

La esclavitud se abolió hace muchos años, pero el sentimiento de posesión de algo o alguien nunca abandonará a la condición humana.

Tanto Álex como la pareja tenían una supuesta libertad sexual para ligar con quienes quisieran, pero esta opción era realmente más para Sergio y Manuel, que no permitían que Álex llevara a nadie a su casa. Tuvo que saber elegir gente con sitio o buscar soluciones intermedias, como hostales y saunas, que le resultaban incómodos y caros.

La vida nocturna de Madrid, los trabajos basura, los «compañeros de piso», el pasotismo general de la gente y la agresividad del ambiente acabaron por endurecer a un Álex antaño ilusionado por salir del pueblo y ahora ansioso por sobrevivir en esa jungla.

Pensó en llamar a sus padres pidiendo ayuda, por lo menos para salir del piso en el que estaba, pero rápidamente desechó la idea. Sólo empeoraría las cosas, su padre se negaría a hablar con él y no quería oír sermones de su madre. Con el tiempo, la situación se fue haciendo cada vez más insostenible, hasta que llegó a un punto de inflexión.

Un domingo por la noche, cuando salía con Sergio y Manuel (más por obligación que por ganas) se dio cuenta de que alguien le observaba. No era algo nuevo para él, el ambiente está lleno de miradas furtivas y de cazadores, pero este era especial porque parecía tener buena pinta. Álex pensó que sería la excusa perfecta para no tener que ir esa noche a la cama de sus compañeros de piso, y puso en práctica todas sus tácticas: miradas fugaces y medias sonrisas, y dejó ver siempre lo que él quería que el otro viera, hasta que al final consiguió que se acercara. Realmente era muy guapo, algo mayor que él, pero sin excesos, unos veinticuatro o veinticinco años, ancho de pecho y hombros, con buenos brazos y cara masculina, tenía el pelo negro y los ojos verdes. Parecía un tipo bastante seguro de sí mismo, firme en sus andares y directo en su conversación, tal vez un poco chulo, pero ya se encargaría él de domarlo gracias a su encanto. Decía que se llamaba Juan, pero eso a Álex no le importaba, lo mismo podía ser Juan que Bonifacio, lo único que quería es que le sacase de allí, al menos por esa noche. Juan era un chico agradable y discreto pero, como su conversación aburría un poco a Álex, éste decidió amenizarla jugando con él antes de permitir que le diera un beso. Se decepcionó un poco cuando Juan le contó que vivía con su padre, pero se recuperó cuando le dijo que estaba de viaje. Era una noche de suerte.

A Sergio y Manuel no les gustó nada Juan, no porque fuera un mal chico (de hecho a ellos no les hubiera importado acostarse con él), sino porque apartaba a Álex, su «juguete», precisamente esa noche, que no habían conseguido ligar con ningún otro. Los saludos y las presentaciones fueron secos y fríos entre ellos.

Finalmente, y en medio de una serie de intensos besos con lengua, Álex, mirando fijamente a los ojos de Juan, dio velocidad al asunto.

—¿Crees que podríamos ir a un sitio más tranquilo? —Empezó a atacar Álex.

—Sabes que tengo mi casa libre esta noche —Juan estaba deseoso y llevaba ya rato intentando sugerir que se fueran.

—Y ¿serías capaz de invitarme y meterme en tu cama? —preguntó Álex con cara de niño inocente.

—Esta noche te voy a meter todo lo que quieras —contestó Juan con un suspiro y una sonrisa entre ansiosa y malvada.

—Tomo nota de eso para después. —Y Álex devolvió la sonrisa multiplicada por diez. A él no le podía a ganar ese aprendiz de cachas en la carrera por ser adorable.

Fue una noche muy intensa y, aunque Álex no lo reconocería jamás, tuvo algunas de las mejores experiencias sexuales de su vida con Juan, eran dos personas que se complementaban, aunque sólo en la cama, fuera de ella Álex era mucho más activo que dentro. Sabía bien cómo tenía que tratar a Juan, lo había visto muchas veces y conocía de sobra lo que querían sus amantes de él, sobre todo cuando les daba cuerda y empezaba a calentarles no sólo la polla, sino también el corazón.

En un mundo tan cruel y agresivo y que le había amargado la existencia, Álex sentía verdadero placer jugando con otros. No hay juego más cruel que jugar con los sentimientos. Quizá, ocultaba su vacío interior intentando vaciar a los demás; le hacía sentirse superior. Era como devolver al mundo todo lo malo que había recibido de él.

Álex en el fondo no era malo, sólo estaba aún más perdido que los demás. Había dado tantas vueltas que ya no estaba seguro de lo que quería y de si lo que tenía era lo que había pretendido tener. El pueblo quedaba ya muy lejos.

Con Juan alcanzó a ser, durante algunos momentos, un débil reflejo de lo que era antes de endurecerse, cuando creía que podría ser feliz y salir del agujero en el que se encontraba. Y Juan se tomó esa alegría de Álex como que este también se había enamorado de él. Sin embargo, al extremeño no le quedaba sitio para el amor, y menos en esa vida que había planificado tras salir del pueblo y luego había reconstruido de nuevo ante la adversidad. Álex había elegido ser una roca y si estaba con Juan no era porque estuviera enamorado de él, sino sólo porque le hacía sentirse mejor consigo mismo ver que alguien se preocupaba por él. No albergaba sentimientos hacia Juan, tan solo lo veía como una especie de placebo con el que evadirse de la realidad que vivía.

Mientras tanto, Sergio y Manuel no veían con buenos ojos la relación. Hacía varias noches que Álex no dormía en casa y estaba incumpliendo su parte del «contrato». Esto les llevó a pensar que quizá sería mejor echarle y buscar a otro, este les parecía bastante exprimido y agotado de estar con ellos. Álex lo sabía, pero no quería pensar en el futuro ni en el pasado. Vivía tan intensamente el presente que



debió pensar que la casa de Juan duraría para siempre, y cuando llegó el día en que el padre de Juan volvió, Álex tuvo que regresar con Sergio y Manuel.

## IV

Regresar a la cueva de Sergio y Manuel fue bastante duro para Álex quien, sin embargo, no se sentía el mismo de hacía apenas dos meses. Cada vez estaba más cansado de la vida que llevaba y no soportaba a sus compañeros de piso, especialmente a Sergio, el mayor, que le llegó a parecer tan repulsivo, sólo la visión de tener que acostarse con una momia semejante le hacía sentir asco.

El sentimiento de desconfianza empezó a ser mutuo, desde la historia con Juan, la pareja se daba cuenta de que no podía controlar tanto como antes al niño extremeño, y no querían un rebelde en casa, sobre todo sabiendo que ahí fuera había ejércitos de jovencitos necesitados de «ayuda».

Álex empezó a ligar muy a menudo, incluso más que antes, ya era todo un experto. Durante el mes que siguió a la ruptura con Juan pasaron por su cama más de una veintena de chicos, prácticamente uno nuevo cada día. De ese modo, entre sudor y semen, podía ir olvidando durante unos momentos la vida que no quería y sin embargo llevaba.

La pareja le avisó: si seguía haciendo lo que le daba la gana ya sabía donde estaba la puerta. Ellos no querían gente desconocida entrando y saliendo de su casa... especialmente si no pasaban también por su cama.

Pero Álex también tenía su genio, y su fuerte carácter le llevó a discutir varias veces con ellos, lo que vaticinaba el próximo fin de su «contrato».

Álex forjó un plan perverso y abusivo.

Se acordó del navarro, Cristian, el pobre loco con el que había estado chateando tiempo atrás, recordó su interés extremo en conocerle, y decidió darle una oportunidad.

Le rastreó en la red, y no fue difícil de encontrar. Aún seguía conectado, adicto a los *chats* buscando desesperadamente un novio, alguien a quien amar.

Pero Cristian estaba en Navarra, lo que dificultaba el plan de Álex. Sin embargo, a favor del navarro estaba la certeza de que tenía dinero, no mucho, pero sí el suficiente para sobrevivir un tiempo.

Durante algunas noches estuvieron hablando, y Álex cada vez le atacaba de forma más descarada, instándole a que dejara todo y viniese a vivir a Madrid cuanto antes.

Su intención estaba muy clara, el navarro era su salida para poder irse de casa de Sergio y Manuel le veía como una persona fácilmente manipulable, del que podría vivir al menos durante un tiempo, tal y como había hecho Manuel con Sergio.

Cristian llegó a Madrid, y empezó alojándose en un hotel, en el que pasó un intenso fin de semana con Álex, que sabía lo que tenía que hacer para que el navarro se colgara de él, y cumplió muy bien con su plan.

Sin embargo, durante ese fin de semana, surgió un contratiempo, Juan,

desesperado y añorándolo, llamó a Álex por teléfono en mitad de la noche.

Eso no le gustó a Cristian, que era manejable pero muy celoso con sus cosas, y extremadamente posesivo con las personas.

De ahí surgió su primera pelea, pero Álex necesitaba al navarro en ese momento, así que, por primera vez en mucho tiempo, fue capaz de tragarse su orgullo y aceptar algunas condiciones.

Así fue como, pasando los días, llegó un momento en que ambos se fueron a vivir juntos, y no fue como Álex había planeado exactamente.

Tuvo que renunciar a una parte importante de su independencia.

Madrid no es Afganistán, ni Cristian era un talibán, pero era muy extremista en sus posturas, terriblemente celoso y emocionalmente inestable.

Poco a poco fue controlando, y hasta cierto punto domando al, hasta entonces, aparentemente, fiero león de Álex.

Pero en el fondo Álex estaba contento pues, aunque se cohibía cuando estaba en compañía de Cristian, luego era capaz de hacer lo que quería cuando el otro no le veía.

Y así fueron pasando las semanas, con un Álex que creía explotar a Cristian y un Cristian aparentemente explotado.

Hasta que en otoño llegó el vigésimo cumpleaños de Álex, quien quería dar la impresión a Cristian de que tenía muchos amigos y conocidos, así que organizó una gran fiesta para celebrar su entrada en la veintena.

Al evento invitó a todos los que había conocido en Madrid, incluso a Sergio y Manuel, que, para su sorpresa, acudieron, sin que llegara a entender si habían ido por amistad, para comerse todas las patatas fritas o por intentar cazar a otro jovencito que llevarse a la cama. El caso fue que acudieron y guardaron las apariencias, saludando efusivamente a Álex, que disfrutaba muchísimo con esa sensación de superioridad que le recorría el cuerpo en esos momentos, siendo nada menos que el anfitrión en su propia casa (y de Cristian, claro).

Aunque Álex nunca lo reconoció, le dolió mucho que Ramón, que también estaba invitado, no acudiera a la fiesta. La única persona por la que alguna vez había llegado a sentir algo seguía pasando de él.

Llegó también Juan a la fiesta, acompañado de su mejor amigo, Pedro. Un chico rubio sólo un año mayor que él, del que Juan le había hablado en numerosas ocasiones, y que destacaba por su desparpajo y alegría.

Aunque en aquellos momentos no parecía muy alegre.

A decir verdad, tanto Pedro como Juan traían unas caras muy largas, como si hubiera pasado algo grave. Pero eso a Álex le daba igual, era su fiesta y nadie se la iba a amargar, así que saludó a Juan como si fueran amigos de toda la vida, y éste sorprendido por la muestra de cariño le devolvió los besos y el saludo.

Después Álex, como había hecho con el resto de invitados, se los presentós a Cristian presumiendo ante él de la cantidad de «amigos» que tenía en Madrid y de cuánto le querían.

Pero había algo que ni Juan ni Álex sabían, y es que Pedro y Cristian ya se conocían, y el amigo de Juan hacía tiempo que había huido del navarro al descubrir su secreto...

## **Jugando con fuego**

Tras la sorpresa inesperada llega la reacción más o menos inmediata ante el acontecimiento; dicha reacción puede variar mucho dependiendo de cada persona.

Influyen muchísimos factores individuales, como la personalidad, las experiencias pasadas y las reacciones ante ellas la estabilidad mental y emocional del momento.

Sin embargo, ante personas imprevisibles y temperamentales no es conveniente arriesgarse a sorpresas de insospechadas consecuencias.

## I

Los últimos días habían sido muy duros para Pedro y Juan. Finalmente, tras un período sin hablar, esperando a que las aguas se calmaran, volvieron a quedar para aclarar todo el asunto.

Juan estaba decidido a hacer cualquier cosa para no perder la amistad de su mejor amigo.

Desde que Óscar, el padre de Juan, confesara ser el ligue de Pedro la situación era muy tensa.

Pedro no entendía nada de lo ocurrido, el daño que Óscar le había hecho, la sorpresa que suponía que Juan descubriese que su propio padre era gay y estaba saliendo con su mejor amigo, y lo surrealista de toda la situación. Era absurdo.

Juan le había intentado explicar muchas veces que había hablado con su padre, que ambos estaban intentando normalizar la situación y tranquilizar las cosas.

Ya había aclarado las cosas con su padre, el cual estaba profundamente arrepentido de lo ocurrido, y en ese sentido todo parecía estar resuelto.

De todos modos, eso no importaba en ese momento, el sexo que habían tenido en Barcelona era pasajero y Pedro no quería perder su amistad con Juan.

Quedaron en una cafetería de Chueca, pero hartos ya del Mamá Inés y de que, cada vez que iban allí les pasara algo malo, fueron al Buenos Aires, más cerca de la propia plaza que el otro local. Pequeño pero moderno, aunque también algo frío y minimalista, debido al exceso de metal y del gris en la decoración postmoderna, que despreciaba la calidez de la madera y los materiales tradicionales en favor de una estética más actual, acorde con los tiempos y, curiosamente, a la vez más impersonal.

Juan llegó el primero, se estaba empezando a acostumbrar a no llegar tarde a los sitios, lo cual daba muestras de sus cambios internos. Se sentó y pidió un refresco para ir matando el tiempo mientras esperaba a que llegara su amigo.

Pero Pedro tardaba, más de lo habitual, y Juan comenzó a pensar que quizá le había perdido de forma definitiva, lo que le dolía profundamente. Jugueteando con un dedo y el hielo de la copa se encontraba abstraído, pensando en cómo hubieran sido las cosas si Pedro no hubiese conocido a su padre, o si él no hubiese conocido a Álex. Sabias lecciones que da la vida, pero de las que nunca hay vuelta atrás y que sólo podemos aceptar tal y como vienen. El tiempo seguía pasando, y Juan pensó que a partir de ese momento se encontraría más solo que nunca.

Y justo cuando iba a perder toda esperanza, apareció Pedro. Al principio fue algo cortado y distante; los saludos escuetos y excesivamente corteses, tan distintos de como se habían sido siempre. Sólo se dieron la mano.

Sin embargo, Pedro y Juan siempre fueron almas gemelas, y bastó que empezaran a hablar de nuevo para que retomaran su amistad justo donde la habían dejado, como

si nada de lo que había pasado en los últimos días hubiera ocurrido realmente. El valor de la verdadera amistad, demostró que, a pesar de que el tiempo había transcurrido entre ellos, era como si no hubiese pasado ni un solo minuto. La conexión, la química, fue instantánea.

No necesitaron perdonarse porque no había nada que perdonar, habían conseguido superar el bache y la situación había reforzado su amistad, puede que incluso más de lo que sospechaban en esos momentos.

Juan fue un momento al baño, dejando su móvil encima de la mesa, y Pedro vio que alguien le llamaba. Era Álex, su nombre aparecía reflejado en la pequeña pantalla azul brillante.

Se debatió durante unos segundos en la duda de si borrar esa llamada perdida del teléfono antes de que Juan se diera cuenta. Sabía lo que su amigo había sufrido por culpa del extremeño y no quería que volviera a pasar, era mejor que nunca más volviera a saber de él. Aunque hacer eso también suponía violar la intimidad de su amigo y él no tenía derecho, por muy amigo suyo que fuera, a decidir qué llamadas convenían a Juan y cuáles no. También pensó que nunca se enteraría si lo hiciera, y que realmente lo haría por su bien.

No le dio tiempo a decidir, Juan volvió del baño y, tras sentarse, se fijó primero en la cara de decepción y ansiedad de Pedro para darse cuenta después de la llamada perdida que tenía en su móvil.

—¿Alex? Qué raro... —susurró Juan con la cara blanca y el corazón acelerado repentinamente.

—Lo he visto Juan, pero no he querido decirte nada, ¿qué piensas hacer? —se interesó Pedro.

—Supongo que debería llamarle, tal vez sea importante —dijo pensativo.

—¿Estás seguro de que es lo que deberías hacer? Te puede hacer más daño...

—Creo que últimamente ya he agotado el cupo de daño que me pueden hacer, no tengo miedo a un poco más —contestó un, parecía que confiado, Juan.

Mientras salía de la estridente cafetería para hablar con Álex, Pedro se quedó solo en la mesa tomando su coca-cola con aire distante, pero pensando en realidad en los acontecimientos de los últimos días.

Pedro sufría un síndrome muy común en algunos jóvenes gays, la necesidad de emparejarse cuanto antes. Solo había conocido a Óscar hacía unas semanas, y aunque había una buena diferencia de edad y en su cabeza había llegado a la conclusión de que era sólo un ligue y no una pareja, inconscientemente se había autoemparejado con él.

La necesidad de cariño, de estabilidad emocional en un mundo gay lleno de ligues de una noche, de chateos interminables en Internet hasta altas horas de la madrugada, de bares oscuros llenos de hombres con camisas estrechas y pantalones ajustados, de

la publicidad que promociona parejas perfectas de hombres, los dos tan jóvenes, tan guapos, tan cachas, tan irreales... Todo ello provocaba el «ansia de pareja», una enfermedad extendida entre veinteañeros deseosos de tener en poco tiempo lo que otros habían logrado en mucho. Querían ser los protagonistas de esas auténticas historias de amor, con parejas estables que duran años y años.

El ideal de pareja es bueno para cualquier persona, pero se vuelve peligroso cuando se convierte en una obsesión, como a veces le había ocurrido a Pedro. Cuando se tienen veinte años, edad en la que uno tiene opiniones radicales, que suceda esto es tremendamente fácil, sobre todo cuando les invade la sensación de soledad e incluso de envidia, viendo a otros.

También esa visión obsesiva de la pareja conlleva otro error: creer precisamente en la pareja perfecta. Las cosas se encargan luego de demostrar que no es así, que no sale todo como se tenía planeado en un principio. Continuas discusiones con el novio, incompatibilidad de horarios, falta de atracción con el tiempo, el abandono de los amigos por culpa de la pareja, que acaba no resultando ser el mejor amante que se ha tenido o que termina proponiendo ser una pareja «abierta», tríos... podían suceder.

Y al final, el ideal acaba roto por la acción de una realidad más cruel, pero más auténtica.

Pedro estaba reflexionando sobre todo esto cuando escuchó su nombre mientras alguien le tocaba el hombro. Se volvió sólo para ver con sorpresa quién era, un antiguo amante al que había dejado hacía mucho tiempo en esa interminable búsqueda del hombre ideal.

Pedro no estaba emocionalmente preparado para recibir ahora a un ex amante, así que le dijo que se tenía que ir, pagó las bebidas, se levantó y se dirigió precipitadamente a la salida de la cafetería, donde se chocó con Juan.

—¡Dios, Pedro! Casi me matas, ¿qué te pasa? —preguntó Juan.

—Nada, vámonos de aquí, por favor, y hálame de otra cosa... —le contestó un afectado Pedro con ojos vidriosos, y su petición no pudo pasar desapercibida para Juan, quien sintió cómo despertaba en él el deseo protector de antaño y moría la autocompasión por sus historias con Álex y su padre.

—Muy bien, vamos a la plaza, anda, quiero que vayamos a un sitio y tenemos que coger el metro —le contestó él cogiéndole del brazo.

—¿Adónde vamos? Ya se hace tarde y es martes.

—A una fiesta de cumpleaños en casa de Álex... —dijo Juan muy seguro.

—¿¿Qué?? ¿Te has vuelto loco, quieres pasar por ese mal trago? —le interrumpió Pedro mientras se paraban en medio de la calle.

—Sí, no puedo esconderme más de Álex, tengo que superarlo de una vez o me acabaré volviendo loco de verdad. Necesito verle y saber que no me afecta en absoluto, por eso he aceptado su invitación —Juan parecía sincero de verdad—. Sin



embargo, aún no se si me afectará o no, por eso me gustaría que vinieras conmigo...

Juan miraba directamente a los ojos de Pedro, y este se sintió intimidado al ver auténtico aprecio en ellos, ¿cómo podía decir que no? Por supuesto que iría, era su amigo.

## II

Quizá fuera el hecho de volver a ver a Álex, el estar en una fiesta en la que no conocía a nadie, o, incluso, el aparente malestar de Pedro cuando le presentaron a Cristian, el nuevo novio de Álex, pero lo cierto era que Juan estaba nervioso en la fiesta.

No había mucha gente, pero sí la suficiente para llenar el piso, y dar cierta sensación de agobio. Allí se encontraron a un camarero de Mamá Inés que le parecía sospechosamente familiar a Juan, y también los antiguos «amigos» de Álex, esa extraña pareja formada por un veinteañero y un maduro que se había dedicado en el pasado a hacerle la vida imposible, mezclados con un rarísimo grupo de gente que aparentemente no tenían nada que ver entre sí. Había uno que parecía salido de un club *leather*, otro que tenía toda la pinta de trabajar de *drag-queen* de noche, un maduro por allí, una musculoca por acá, un par de locas por el otro lado...

Y el anfitrión, Cristian, siempre callado y observando a todo el mundo, parecía el centinela de la reunión, ¿estaría vigilando que nadie se llevara nada? ¿O es que era autista? Realmente daba miedo, con esa cara de abstraído de la realidad, pero siguiéndolo con los ojos cuando pasabas a su lado.

Juan quería preguntarle a Pedro a solas de qué conocía a Cristian, pero Álex le tenía enganchado y no le soltaba. Parecía como si intentara torturar a Juan mostrándole lo feliz que era en su nueva vida, pero eso tuvo en él el efecto contrario.

Juan se dio cuenta enseguida de que Álex era un niño egoísta, que había perdido todos sus ideales, si es que alguna vez los había tenido, que no hacía más que presumir de algo que en realidad estaba vacío y llenaba a base de frivolidad, falsedad y crueldad con sus antiguos amantes, entre ellos, él. Ahora lo veía con ojos diferentes, sin ningún filtro que empañara su visión. Mientras Álex no paraba de hablarle y lanzarle puyas, Juan entendió que se había equivocado, y que esa equivocación le había hecho mucho daño pero también le había enseñado.

Juan ya no estaba pendiente de Álex, a pesar de lo mucho que había pensado en él en las últimas semanas y de verlo después de días interminables sin saber de él; ahora sólo le preocupaba Pedro, que aguardaba solo y pensativo en un rincón de la habitación, entristecido.

Sólo cuando Sergio y Manuel anunciaron su marcha (acompañados por una de las pequeñas locas, su nueva adquisición) dejó solo Álex a Juan, y este no desaprovechó la ocasión para acercarse a Pedro.

Al principio no sabía cómo preguntarle, pero viéndole tan abstraído decidió tomar la iniciativa, le cogió de la mano y se lo llevó a rastras al baño, que era muy estrecho y los obligaba a estar pegados el uno al otro.

—¡¡Ayyy!! Pero ¿qué pasa? ¡Me haces daño! —se quejó Pedro mientras Juan le

empujaba contra la pared y cerraba la puerta.

—Ya lo sé, pero llevo media hora intentando hablar contigo y tú, mientras, parece que estás en otro mundo, quiero saber qué diablos te pasa.

—Es que... conozco a Cristian... —empezó a decir dubitativo Pedro bajando la mirada.

—Eso ya se ve, pero ¿es algo tan terrible? ¿Érais antiguos amantes o algo así? — Juan no despegaba sus ojos de los de Pedro.

—Sí, lo éramos, pero no es eso, él es el navarro loco del que te he hablado alguna vez —Pedro parecía algo acobardado por la presencia de Juan.

—¿Y? Nunca me contaste por qué estaba loco, sólo sé que le dejaste precipitadamente y no quisiste saber nada más de él.

Pedro dio un suspiro, y decidió contarle la historia a Juan, aun teniendo que reconocer errores propios.

—Cristian y yo nos conocimos por Internet hace tiempo, él vivía en un pueblo de Navarra cerca de Pamplona —empezó a contar Pedro, que parecía añorar esa época—. Al principio las conversaciones eran amenas, e incluso divertidas, y pronto empezó el flirteo entre ambos, después de todo nos gustábamos, hasta cierto punto.

—¿Hasta cierto punto? —le interrumpió Juan.

—Sí, yo me sentía atraído por él, pero más que nada porque quería sexo con él — Juan frunció el ceño y Pedro bajó la cabeza—. Sí, ya sé que no es la imagen que intento dar siempre, pero a veces a mí también me puede el calentón, y esa fue una. El chico no me gustaba pero me daba morbo, así que le seguí el juego.

—¿Y él vino a verte a Madrid? —apremió Juan.

—Exacto, vino un fin de semana y alquiló una habitación en un hotel, donde pasamos dos días en la cama, juntos. Sin embargo, al llegar el domingo me sentí obligado a decirle la verdad: podríamos ser amigos e incluso, si llegara el caso, amantes, pero nunca novios, y eso le dolió mucho.

—¿Eso es todo? Esa historia es más vieja que el hambre...

—No, aún no he acabado. Cristian se puso histérico cuando le dije aquello, estaba furioso y empezó a destrozarlo todo. Realmente me dio miedo, nunca había visto que nadie se pusiera así. Empezó a preguntarme si me había enamorado de otro o había estado jugando con él, y yo le tuve que decir la verdad.

—¿Le dijiste que habías estado jugando con él? Debe estar muy cabreado —Juan parecía casi divertido con la historia.

—No se lo dije así, le dije una mentira piadosa, que aún no era el momento y que yo no estaba preparado para una relación...

—Bonita excusa, aunque algo usada —Juan sonreía, le parecía entrañable la aparente inocencia de su amigo.

—Él tampoco se la creyó, y entonces me dijo que esperara mientras sacaba algo

de su maleta para mí... Cuando... —Pedro titubeó, y Juan le cogió la mano para calmarle—. Cuando volvió, llevaba una pistola en sus manos...

—¿¿¿Qué??? ¡No me lo puedo creer! —gritó sorprendido Juan con la sonrisa congelada de repente.

—Sí, Cristian estaba paranoico, no paraba de decir que yo había conocido a otro hombre y que le había engañado, sin embargo repetía una y otra vez que aún me quería. Yo no podía decir nada, estaba asustado, y entonces él dijo que no se podía permitir volver a estar solo una vez más, y me propuso que me suicidara con él... —continuó angustiada Pedro.

—¡Dios mío! Ese chico está loco, y tú más por acostarte con él. —Ahora Juan comprendía el miedo de Pedro.

—Sí, no sé cómo, pero me fui corriendo de la habitación, dejándome allí mi reloj que había llevado siempre desde pequeño, me daba igual, escapé y desde entonces cambié de *nick*, de correo electrónico y de teléfono móvil con la esperanza de no volver a verlo nunca más... Y ¡ahora está aquí! —Pedro estaba muy nervioso y empezaba a derrumbarse, pero Juan supo cómo consolarle con un cálido abrazo.

—¿Crees que te ha reconocido? —le susurró al oído.

—¡Por eso estoy nervioso! ¿Tú has visto el reloj que lleva? ¡¡Es mi reloj!! —Pedro no podía más y Juan supo que era el momento de marcharse.

—Tranquilo Pedro, nos iremos ahora mismo, Madrid es muy grande, no tienes por qué volver a verlo —le consoló mientras le abrazaba aún más fuerte.

Así se quedaron un rato, los dos abrazados en el estrecho baño; era una sensación agradable, Juan era más alto y fuerte que Pedro y este se sentía a gusto protegido por alguien así, pero el ruido de los gritos de antes había atraído a alguien más.

Álex abrió de pronto la puerta y los sorprendió a los dos abrazados e instintivamente surgió un sentimiento de odio en su interior, no motivado por celos de Juan, hacia el que, en el mejor de los casos, apenas sentía indiferencia, sino de rabia dejar de ser el único protagonista feliz de su fiesta, él necesitaba que todos pensaran que él era feliz y había superado a los demás, pero Juan se lo había estropeado.

Precisamente el mismo Juan que aún debería estar suspirando por él, «pasa algo raro entre estos dos», pensó Álex mientras los miraba, y ellos, como petrificados, no sabían qué decir mientras el extremeño los observaba abrazados en su propio baño.

### III

Álex no sabía qué pensar, un torbellino de sentimientos contradictorios se agolpaban en su interior. Pero de algo sí que estaba seguro, odiaba a Juan, lo odiaba por parecer feliz cuando aún debía estar triste por él y echarle de menos, lo odiaba por tener una amistad sincera con alguien y, sobre todo, lo odiaba por haber venido a mostrarle todo eso en su fiesta, en la que supuestamente él iba a presumir de algo que en realidad no tenía y que sí que había alcanzado Juan.

Pedro y Juan estaban paralizados cuando Álex abrió la puerta y los descubrió, no sabían muy bien qué decir, aunque enseguida se recuperaron de la sorpresa, se separaron y, cuando se disponían a salir del baño, Álex les cerró el paso. Poniendo un brazo en un lado de la puerta y apoyando su espalda en el otro, Álex no les dejó salir, y con una mirada entre interrogativa y presuntuosa les inquirió:

—¡Vaya! Parece que habéis venido juntos a la fiesta por más motivos de los que sospechaba, ¿verdad? —dijo con un tono irónico mientras Juan se adelantaba para encararse con él.

—¿Qué quieres decir? —La voz de Juan sonaba grave—. Hemos entrado aquí porque queríamos comentar nuestras cosas sin molestar a los demás. —Y, recuperando parte de su antigua personalidad, empezó a enfadarse, no le gustaba que nadie le tratara como a un pelele.

—¿Vuestras cosas? Seguro que sí... Pero ya se han ido todos los demás, sólo quedáis vosotros; debías estar tan concentrado en lo que hacías, Juan, que se te pasó el tiempo, como siempre —comentaba Álex mientras miraba distraídamente el techo—. Tal vez siempre hubo algo entre Pedro y tú, y yo no lo sabía, eso explicaría muchas cosas.

—Deja de decir tonterías Álex, eso no es asunto tuyo y no quiero discutir con un niño como tú. Pedro y yo nos vamos. Ahora —le espetó Juan al tiempo que le propinaba un empujón que lo apartaba de la puerta del baño, el que Álex se hubiera metido con Pedro le dolía profundamente.

Pedro y Juan salieron por fin del baño, pero no llegaron muy lejos, Álex les seguía rápidamente por el pasillo, y al llegar al salón, donde estaba la puerta de salida, se toparon también con Cristian, que seguía aparentemente en estado autista, casi como un vegetal, absorto en sus pensamientos. Álex estaba furioso y cogió a Juan del cuello de la camisa mientras hablaba tan fuerte que casi le escupía en la cara, ya perdido todo control sobre sus actos y emociones.

—¿Cómo te atreves a venir a insultarme en mi propia fiesta? El único niño aquí eres tú, un estúpido celoso que es capaz de enrollarse con su mejor amigo sólo para dar la imagen de que es falsamente feliz delante de mí. —Aunque Álex no sabía muy bien por qué decía esto. Se lo iba inventando sobre la marcha y, al igual que le

ocurrió con anteriores mentiras, se lo iba creyendo a la misma velocidad—. ¿Acaso piensas que no sé cuanto has estado pensando en mí estos días? Recuerda la llamada que me hiciste...

Ese último comentario despertó de repente el interés de Cristian, que salió de su letargo y observó interesado la escena ante la preocupación de Pedro, que no le había quitado la vista de encima.

—¿Te has montado toda esa paranoia tu solito ahora mismo, Álex? Más bien parece que seas tú el celoso... —Juan sonreía mientras se deshacía de la mano de Álex, que iba perdiendo el control según, Juan iba ganando el suyo, recuperando su antiguo sarcasmo y orgullo.

Eso no hizo sino irritar a Álex más, ver la caída y posterior ascenso de alguien que había sido como él quería ser pero no podría ser nunca. Juan volvía a parecer un gigante, un chico guapo y atractivo inalcanzable para la mayoría, inmune a la adversidad e indiferente hacia él. Álex había fallado, Juan le había olvidado y había vuelto a ser como antes, mientras que él no había conseguido absorber esa seguridad e ironía. Intentando vaciarlo, se había olvidado de llenarse a sí mismo.

Al ver que no importaba realmente a nadie, que Juan se olvidaría de él; que estaba con Cristian, al que realmente no quería; que había estado presumiendo en una fiesta llena de invitados a los que casi no conocía; comprendió que en realidad aún seguía solo en Madrid y que en el fondo sólo era el novato extremeño de antaño. Después de todo, ni siquiera Ramón había venido, ¿para qué? ¿Quién podía tener interés en Álex? La inseguridad volvió a él, y con ella, creció el rencor hacia Juan y Pedro. Pero ya era tarde, a Juan ya no le importaba lo que Álex pensara de él, y la peor forma de desprecio hacia alguien es la indiferencia.

Sin decir una sola palabra más, Juan, siempre con su eterna sonrisa y esa mirada hipócrita que parecía decir «gracias por esta maravillosa fiesta», se despidió de Cristian pero no de Álex y, cogiendo titubeante a Pedro de la mano, casi arrastrándolo, salió de la casa.

Después de huír de la fiesta, los dos amigos se encontraron más tranquilos sabiéndose juntos y sin cargas pesadas como Álex, Cristian u Óscar. Con una de sus mejores sonrisas, Juan consiguió tranquilizar a Pedro, que vio en su amigo la tabla de salvación, su vía para recuperar la normalidad en la vida, tal y como había pensado el mismo Juan antes. Los dos se necesitaban y los dos se tendrían siempre el uno al otro y, mientras los ligues y la gente pasaran y desaparecieran, ellos siempre estarían allí.

Mientras, en la casa, el portazo había sido lo bastante ruidoso como para terminar de despertar a Cristian de su aparente letargo. Un furioso Álex con la cara enrojecida se volvió hacia donde estaba el navarro al notar que «volvía a la vida». Cristian empezaba a llamar a Álex por su nombre, al principio sólo susurrando, pero él no le hizo caso, tenía otras cosas en qué pensar y, mientras bebía rápidamente un vaso de

agua de la mesa, empezó a hacer sus propias maquinaciones sobre el futuro. Tal vez dejara a Cristian, el plan no le parecía tan bueno como antes, tal vez encontraría alguna forma de vengarse de Juan, o quizá...

El grito de Cristian llamándole sacó a Álex de sus pensamientos.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Estás loco, qué haces gritándome así? —le contestó sorprendido.

—¿Es cierto Álex? ¿Quién es ese Juan? ¿Estás celoso de él? —Cristian no parpadeaba.

—¡Bah! Tonterías. —Mintió—. Yo soy mejor que él, he sobrevivido, y lo seguiré haciendo, aunque él y cien más me pongan la zancadilla, volveré a levantarme, ¡vaya si lo haré! —Álex empezaba a reírse, dándose autoconfianza mientras señalaba la puerta.

—¿Pero qué te ha hecho? ¿Es el chico que te llamó aquella noche? Me dijiste que le habías dejado tú...

—Y así fue, pero me da rabia que venga a mi fiesta a presumir de su felicidad.

—Estás celoso... —Cristian susurraba.

—Pero ¡bueno! Y a ti ¿qué más te da? —Era como volver al pueblo, a Álex le molestaba que se metieran en su vida, sobre todo en lo referente a sus sentimientos, y no soportaba los reproches—. ¿Y qué? A lo mejor tú no me convienes, ya estoy harto, no quiero otra madre, ya me libré de la primera y no voy a volver a pasar por eso —Álex gritaba.

—Yo tampoco voy a pasar por eso otra vez. Pedro me dejó, pero tú no vas a hacer lo mismo... —susurró Cristian ante la sorpresa de Álex.

—¡Vaya! Parece que ahora la cosa encaja... ¿Pedro?, mira la mosquita muerta, se lía con todos... ¡sólo le faltó yo! —se burló Álex, pero aquello tuvo un efecto sobre Cristian, le produjo dolor, inseguridad... y miedo—. Pues a lo mejor lo hago y me enrolló con él para completar el grupo, jajaja.

—¡¡NO!! Ya no aguanto más, no volveré a estar solo Álex, ni tú tampoco, vendrás conmigo...

—¿Adónde Cristian? ¿A la agencia matrimonial? —Álex necesitaba burlarse de alguien para ocultar su malestar, pero Cristian parecía muy tranquilo.

Álex vio cómo Cristian acariciaba obsesivamente su reloj, sin saber que en realidad era el de Pedro ni sospechar los sentimientos que pasaban por su cabeza. Sin embargo seguía metiéndose con él, acusándole de ser un pueblerino feo y patoso, y diciéndole que acabaría solo. Le confesó que la casa era un montaje, que él no quería quedarse con alguien así, que aspiraba a «algo mejor», y que nunca le acompañaría a ningún sitio.

Entonces Cristian lo miró fijamente, con una mirada que no le había visto nunca antes. Con la extraña seguridad y la profundidad de las palabras de un fanático, le

dijo muy seriamente a un Álex, sorprendido que no podía decir nada y lo miraba con la boca abierta y lleno de sorpresa:

—Me acompañarás siempre, hasta el fin... —Y no dijo nada más.



## IV

Tras aquél día en el que se quitó a Álex por fin de su cabeza, el aire le pareció más puro a Juan, quizás porque ya no llevaba esa pesada losa encima. Ahora ya podía añadirle a la categoría de antiguos ligues olvidados; esta vez había sido más duro hacerlo, sin duda, y le había dejado cicatrices, pero ello le sirvió para aprender cosas nuevas, como por ejemplo que es bueno buscar ligues, aunque sean sólo para sexo, sin engañar ni hacer daño al otro.

Juan y Pedro volvieron a salir ese fin de semana, tal y como habían hecho antes del verano, recorriendo sus bares habituales, continuando sus interminables conversaciones, bebiendo copas baratas en el Nike y en el Gris como cualquier veinteañero de economía reducida, buscando ligues para Juan en el Cool y en el Long Play, o para Pedro en Rick's y en el Black & White.

Mientras bebían copas de alcohol con piña o de JB con coca-cola, Juan y Pedro se vieron tal como eran, dos amigos complementarios e imperfectos que siempre se habían atraído. Y esa recuperación de su vida normal les ayudó a crecer y olvidarse de los últimos meses. Juan volvió a ligar esa noche, al ritmo de las canciones que habían estado de moda ese verano, y acabó bailando con un jovencito con el que tuvo sexo rápido e inmediato. No sintió ningún remordimiento por ello, volvía a ser el de antes, aunque esta vez, sí dejó clara la situación y no jugó con los sentimientos del chaval.

Aún no quería pareja, pero no la despreciaría en el futuro, aprendería a respetar más los sentimientos de sus amantes, a no mirar a la gente por encima del hombro, a no creerse el rey de la discoteca, a intentar ser cortés y forjar más amistades, pero sobre todo aprendería a ser un Juan más sincero consigo mismo, reconociendo sus propios límites, y sin embargo siendo a la vez más libre.

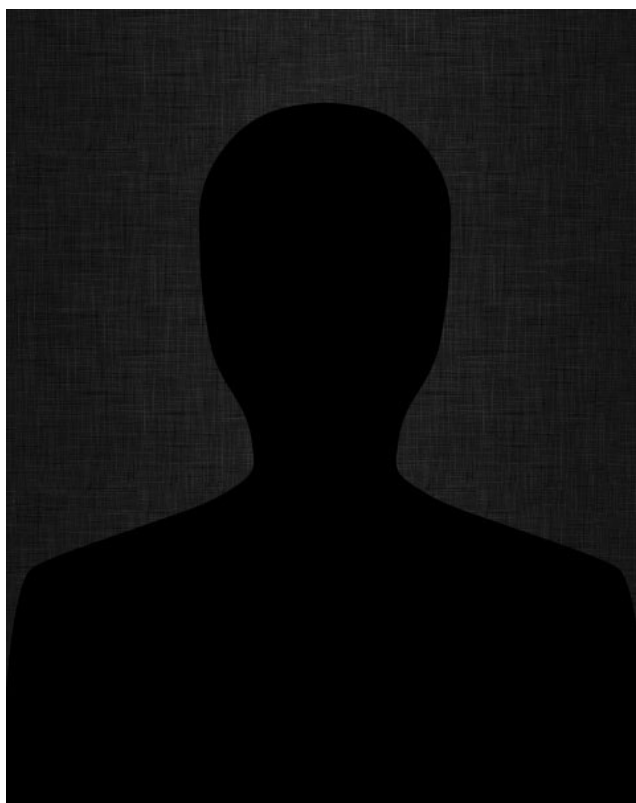
En cuanto a Pedro, se consideró afortunado de seguir conservando la amistad de alguien como Juan, la forma de actuar de este aquellos días le hizo cambiar su manera de pensar sobre él. Ya no era el amigo frívolo, divertido pero pendón y criticable de antes, ahora era más sensible y abierto, aunque también más inaccesible. Seguramente nunca serían pareja, pero envidaría a aquel que fuera capaz de atar a Juan, pues estaba seguro de que, sin duda, se llevaría un gran partido. Sabía que él había conseguido de Juan una complicidad y una química que muy pocas personas podrían alcanzar. Una confianza ciega y sincera, surgida de la amistad verdadera que se elevaba por encima del caos de las miradas furtivas de la noche. Siempre habría un sitio al que volver, aquél en el que estuvieran juntos.

Mientras tanto, Pedro volvió a Internet de vez en cuando, aunque mucho menos frecuentemente que antes, y empezó a fijarse más en los hombres reales, a bajar sus exigencias, a aprender que el morbo debe ir unido a la compatibilidad si se quiere una

relación. Aunque le gustaban mayores entendió que tampoco estaba mal alguien de veintiocho para él por ejemplo, que en el término medio está la virtud. Pero también aprendió precaución. No era bueno casarse imaginariamente con alguien antes de haber pasado por la boda, pues luego podía encontrarse con desagradables sorpresas como la del padre de Juan, que el chico tuviera ya novio o cualquier otra cosa parecida cualquier caso también había conseguido aprender algo en los últimos días.

Mientras tanto, después de aprender con los palos que da la vida, que es una estricta y dura maestra, la humildad, la precaución y la sinceridad se aposentaron en ellos, quienes, sin embargo, siguieron siendo siempre ese par de cotorras que no paraban de hablar en una cafetería sobre cualquier tema, y que al margen de sus parejas eran capaces de mantener una auténtica amistad.

Pedro y Juan habían cambiado, pero en el interior se conocían el uno al otro tan bien que supieron amoldarse a los cambios mutuos y a los del mundo mientras el incierto futuro les esperaba en una ciudad siempre en metamorfosis, llena de historias personales para ser vividas. Una ciudad para aquellos a los que les gusta vivir y aprender de los cambios y las experiencias personales. Como Juan. Como Pedro.



IVÁN BABIANO NIETO. (Madrid, 1979). Aunque estudió ciencias puras e informática, siempre le gustó escribir y descubrió que su verdadera vocación eran las letras. Actualmente estudia Historia en la UNED. Trabajó como informático anteriormente, diseñando y maquetando páginas web, lo que le ha llevado a conocer bien el medio.

Empezó a moverse por el ambiente gay de Madrid a los 18 años, encontrándose con toda clase de personajes extraños y sus historias, muchas de las cuales se reflejan en los personajes de sus escritos. *Historia de un deseo*, el finalista del VI Premio ODISEA de literatura, es su primer libro publicado.